

fincas, un casucho de la calle de la Ruda, cuya exigua renta fué origen modesto de todas sus propiedades cuantiosísimas.

La misma sirviente, casi inservible ya; la misma comida, no frugal, sino insuficiente, y los mismos paseos para recrearse en la contemplación de sus casas, único goce de aquel desdichado.

Una noche después de cenar, embozado en su capa, ya bastante raída, bajó D. Baltasar hasta la ronda de Embajadores, como de costumbre, para entrar por la calle de Segovia, después de recorrer lo que podríamos llamar sus dominios.

Era invierno y helaba. Por aquellos sitios apenas se veía gente.

Hacia la mitad de la ronda levantábase, casi concluida, una casa de vecindad de cinco pisos, con numerosos huecos en la fachada; una de esas que abundan en los barrios bajos, con varios patios y corredores de habitaciones numeradas; viviendas para obreros, que pagan el alquiler por semanas. Aquella finca era la favorita de don Baltasar; le había costado, relativamente, muy poco y debía producirle una buena renta: el ideal del casero.

Por eso, calculando por la millonésima vez los alquileres ya próximos á cobrarse, detúvose con fruición el acaudalado propietario enfrente de su nueva casa, que aun conservaba todo el andamiaje exterior.

Pocos minutos hacía que D. Baltasar, sonriente y feliz, gozaba en extática contemplación, cuando de pronto se sintió cogido por detrás con violencia y empujado fuertemente por vigorosas manos hacia la valla que rodeaba la casa.

La acometida fué tan rápida y tan inesperada que no le quedó al viejo ni sangre en las venas, ni aliento para gritar, ni fuerzas para resistir.

Tres hombres eran los que, sujetándole con su propia capa, llevándolo casi en vilo, le hicieron entrar por el portillo de la valla, abierto entonces tal vez con ese objeto. Por sus trajes parecían albañiles, y sin duda para no ser al pronto conocidos se habían enjalbegado los rostros como los payasos.

Don Baltasar, mudo de terror, ni siquiera pensó en defenderse; creyó llegada su última hora, y rezó mentalmente.

— Arriba, arriba con él — dijo uno de los hombres empujándole hasta el portal.

Desde allí le obligaron á subir la escalera, alumbrándola con fósforos, que á cada momento se apagaban, quedando todo en espantosa lobreguez, y tramo á tramo, oyéndose sólo la respiración jadeante del que se creía secuestrado y próximo á morir, llegaron al último piso, el quinto de la casa. La ascensión duraría apenas cuatro minutos: para D. Baltasar fueron un siglo.

Ya en la habitación, todavía sin maderas ni cristales en las ventanas y alumbrados á intervalos

por los fósforos, los tres hombres despojaron de la capa al viejo, que cayendo de rodillas, dijo con apagada voz:

— ¡Por Dios, por Dios, no me maten ustedes!

— Tranquílese usted, que no vamos á hacerle ningún daño — contestó uno de aquéllos.

— Yo les daré cuanto me pidan; mil duros, dos mil.... lo que quieran; pero no me maten.

— No somos ladrones — dijo otro; — levántese usted, salga por esa ventana al andamio y vaya por él hasta el extremo





de la casa. Allí le esperamos, recogerá usted su capa y se marchará en paz y en gracia de Dios..... si no cae á la ronda y se rompe el alma.

—Andando, andando, que no queremos perder tiempo.

Dos de los hombres salieron de la habitación; el que quedaba obligó á D. Baltasar á saltar el andamio por la ventana, cuyo antepecho era muy bajo.

## VI.

Cuando el aterrado viejo se halló sobre la insegura tabla, débilmente sujeta, como el resto del andamiaje, por las sogas á que aquél se agarraba con espanto, sintió un vértigo y cerró los ojos. Al abrirlos por el instinto de conservación, vió en el marco de la ventana la figura siniestra y amenazadora del hombre, que le repitió con voz muy dura:

—¡Andando, andando! En la última ventana esperan á usted mis compañeros.

Don Baltasar comprendió que era inevitable, y empezó lentamente á andar sobre la tabla, resbaladiza con el hielo. Sin querer miró, viendo allá á lo lejos las luces de los suburbios que brillaban en la obscuridad, y cerca, tan cerca que parecía venirle encima la masa negra de la casa donde se mató el desdichado albañil, única finca en cuya contemplación no había vuelto á recrearse nunca.

El temblor del miedo y del frío paralizaba los miembros del propietario, poco antes tan feliz, y su corazón latía con una velocidad aterradora y sentía que le zumbaban los oídos. No pudo más y se detuvo.

—¡Andando!—repitió la voz.

—Aquí le esperamos á usted—gritó uno de los albañiles asomándose por la última ventana;—no tenga usted miedo, no hay peligro.

—Voy á matarme..... no puedo andar.....

—Si hubiese usted puesto la barandilla no temería caerse ahora. ¡Veinte metros hay desde el suelo, veinte! Mírelos usted bien.

Don Baltasar cerró otra vez los ojos, hizo un supremo esfuerzo, y agarrándose con las uñas á la pared, sintiendo bajo sus plantas el tablón cimbreado, llegó por fin á la ventana donde le esperaban los tres albañiles y en sus brazos cayó como muerto.

## VII.

Así lo recogió en la ronda una pareja de guardias, que no conociéndolo, le condujo, todavía sin sentido, á la casa de socorro. De allí lo llevaron á la suya.

La criada supuso, como todos, que don Baltasar era víctima de una congestión que le había sorprendido en su acostumbrado paseo nocturno.

Cuando, gracias á los auxilios del médico, volvió en sí, no refirió palabra de lo sucedido.

—Lo merezco, lo merezco—decía para sí;—aquellos hombres han sido muy crueles, mucho; pero tenían razón.

El médico juzgó grave el estado del enfermo y se lo notificaron á éste, con las acostumbradas precauciones. Entonces modificó su testamento é hizo llamar á un cura.

Con piadosas y saludables palabras le consolaba después de confesarle, cuando D. Baltasar preguntó de pronto:

—Y después de todas esas mandas que dejo para los pobres obreros, ¿se salvará mi alma, se salvará?

—La misericordia de Dios es infinita y usted se ha arrepentido muy de veras de todos sus pecados.

—De todos, sí. La valla..... los albañiles..... allá arriba.....

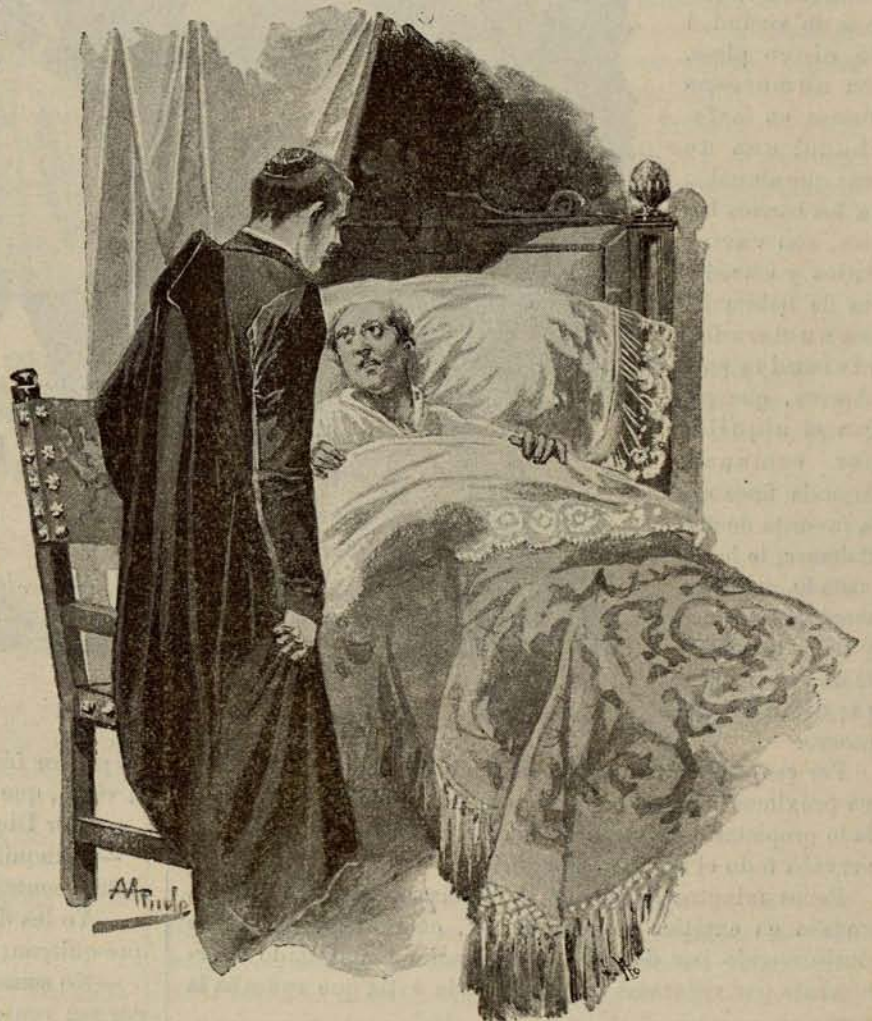
Empezaba á delirar, y el sacerdote iba ya á retirarse, creyendo cumplida su misión, cuando le llamó D. Baltasar y le preguntó en voz muy baja:

—Para subir desde la tierra hasta el cielo habrá por el aire algo así como un andamio, ¿verdad?

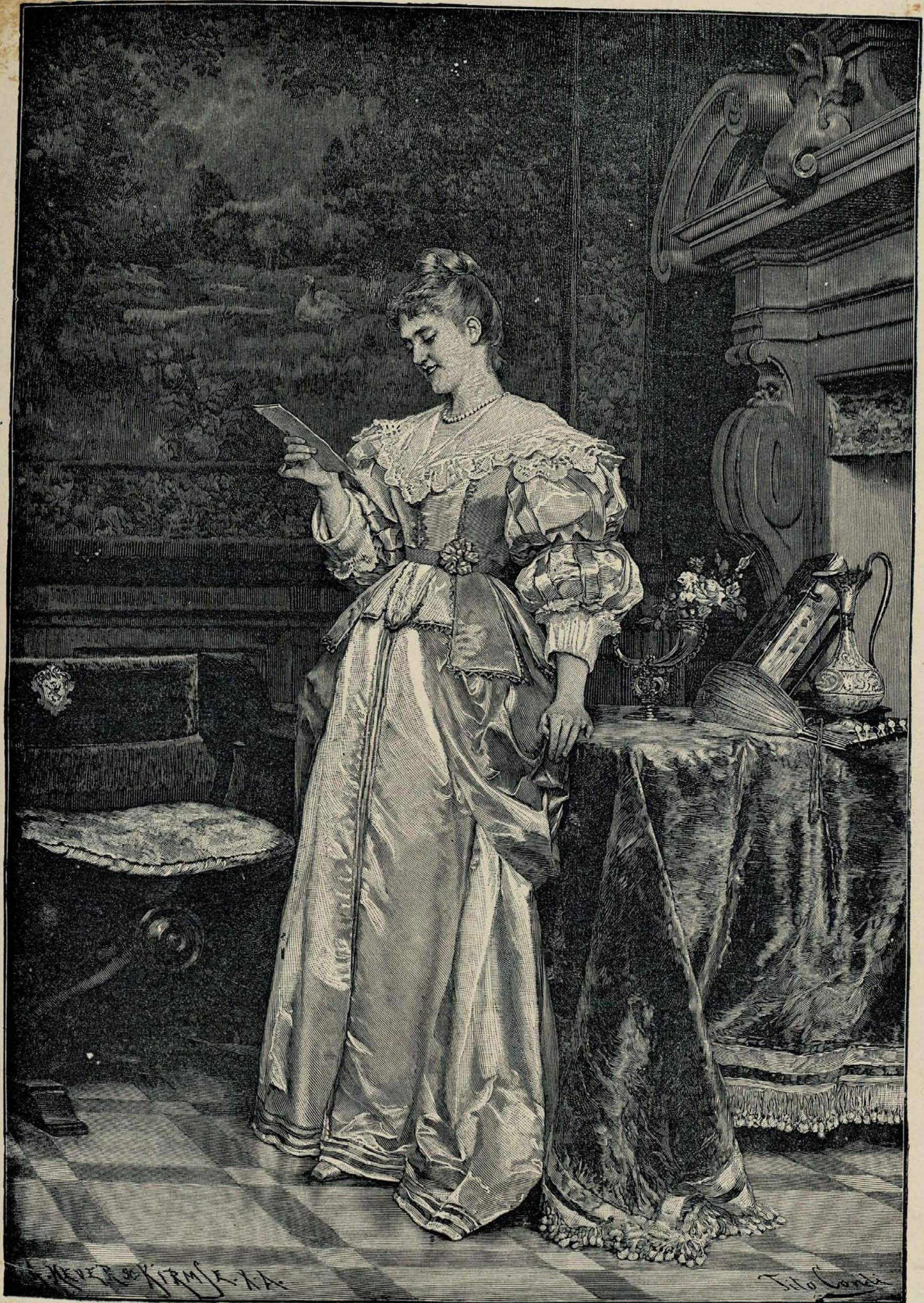
—Sí, señor—le contestó con afabilidad el clérigo para no contrariarle.

—Pues en ese caso, señor cura, por Dios, que no se olviden de ponerle, como á todos los de mis casas, una barandilla, ¡porque si no, me caigo, me caigo y no entro en la gloria!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.







GRATAS NOTICIAS.—CUADRO DE CONTI.







# CACHORRO ENTRE LEONES

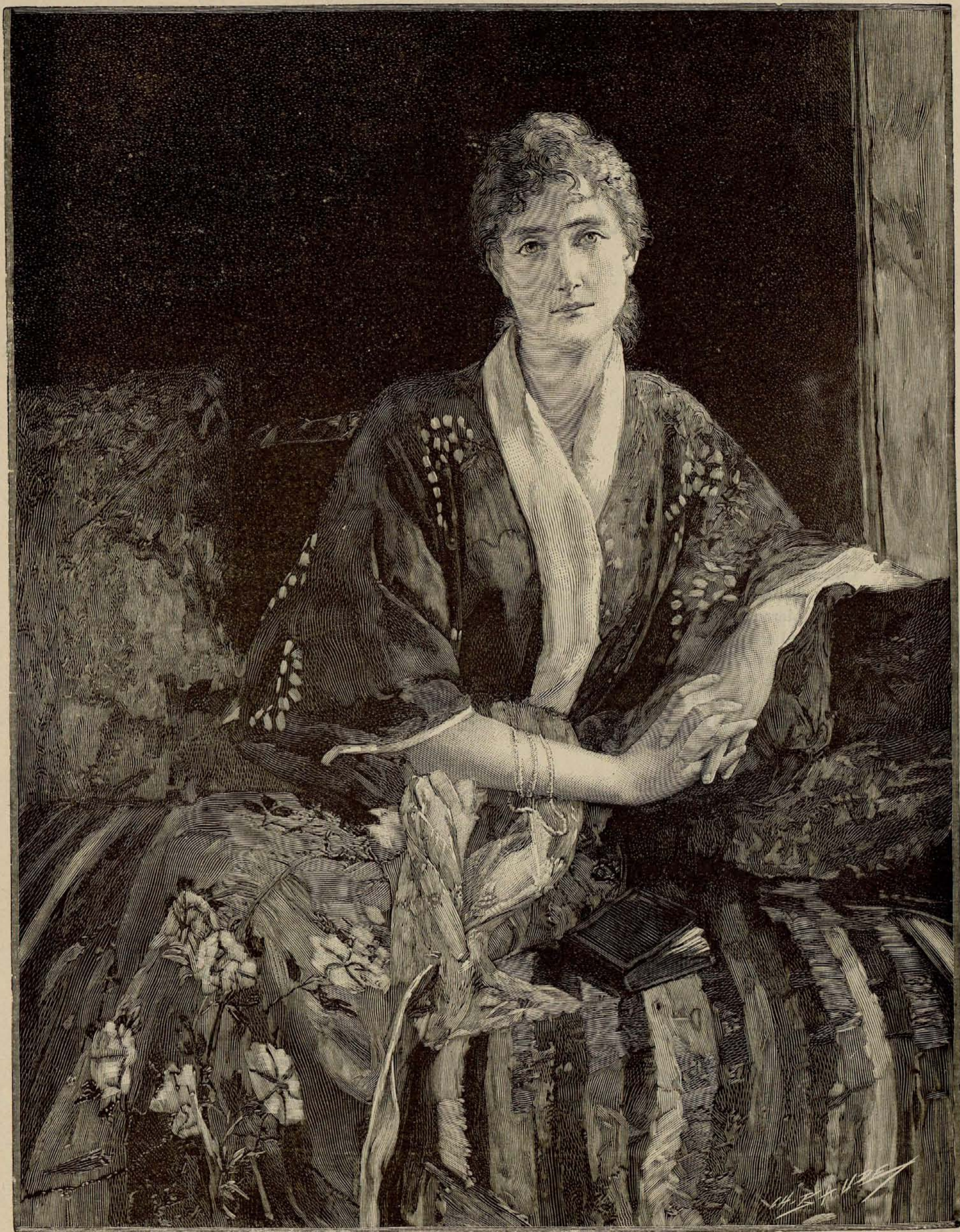
Taciturno, paso á paso,  
 Vuelve ya por sus jornadas  
 Vasco Núñez al Darién,  
 Requerido de Pedrarias.  
 Ni á turbar sus pensamientos  
 Se atreven con sus palabras  
 Los jinetes y peones  
 Que al adalid acompañan.  
 Cuando cruzó por los Andes,  
 Sus caciques y curacas  
 Le recibieron con fiestas,  
 Le despidieron con lágrimas;  
 Que está Vasco Núñez triste,  
 Y la tristeza contagia.  
 Cata que en el cielo asoma,  
 Cuando menos se lo cata,  
 La estrella que mícer Codro  
 Anunció para él aciaga.....  
 Él desprecia al estrellero,  
 Pero la estrella le espanta.—  
 Al llegar á la ciudad  
 Sube de punto su alarma;  
 Que está la gente de guerra,  
 Y las calles barréadas,  
 Y con la espada en el puño  
 El capitán que la manda.—  
 Para el corcel Vasco Núñez  
 Y de este modo le habla:  
 —Señor Francisco Pizarro,  
 Mi paisano y camarada,  
 ¿Qué recibimiento es este  
 Con aprestos de batalla?  
 En vuestro rostro adivino  
 Que me traéis nuevas malas.  
 —Os traigo tan malas nuevas,  
 Que á par me duelen del alma.....  
 Orden de llevaros preso  
 Al gobernador Pedrarias.  
 —¡Preso yo, que vengo á bodas  
 Con su hija mayorazga,  
 Si el Obispo del Darién  
 Me la trajo ya de España!  
 ¡Yo, Adelantado del Sur

Por cédula soberana,  
 Gobernador en la costa,  
 Como en Tierra firme él manda!  
 —Ni del Obispo hay noticia,  
 Ni ya de boda se trata,  
 Que el viejo, hecho un basilisco,  
 Todo es fieros y amenazas.  
 —¡Miren la carta de dote  
 Que mi suegro me prepara!  
 ¡Negra cárcel para alcoba!  
 ¡Cadenas en vez de arras!

Aquí, rompiendo la fila,  
 Un doncel de recia estampa,  
 Con más rayos en sus ojos  
 Que una tormenta africana,  
 Plantado enfrente de Vasco  
 Le endereza estas palabras:  
 —Si tienes sangre extremeña,  
 Y aquella enjundia y entraña  
 De los que vencen al toro  
 En las silvestres cañadas  
 Que á Portugal y á Castilla  
 Hacén linde y ponen raya,  
 Manda noramala al viejo,  
 Y á la novia noramala,  
 Y noramala al Obispo,  
 Que en traerla tanto tarda;  
 Que él andará echando kiries,  
 Y ella haciéndose la maula,  
 Mientras nos come á nosotros  
 Miseria, impaciencia y rabia.  
 Llévanos, Vasco, al Perú,  
 Mal que le pese á Pedrarias;  
 Que aquí hay cincuenta extremeños  
 Prontos á ir donde tú vayas,  
 Tales, que en cualquier empresa  
 Con ellos basta y rebasta.

Discurso tan desatado,  
 Tan fiero golpe de audacia,  
 En vez de espanto en la gente  
 La puso arremolinada,





¡MEDITACIÓN!—CUADRO DE COURTOIS.

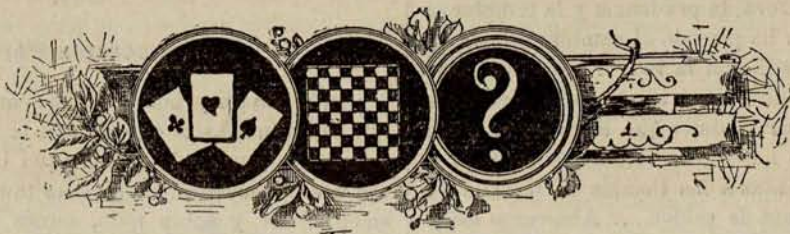


Diciendo con sus murmullos  
Los del una y la otra banda,  
Que por los labios del mozo  
Sus pensamientos hablaban.

—¡Buen cachorro estáis criando,  
Que muerde á la par que ladra,  
Y en pescuezo y en morrillo  
Á voces pide carlanca!—  
Dijo Vasco al mensajero  
Que su suegro le enviaba,  
El cual á entrambos oía  
Con honda emoción extraña;  
Que en mentándose al Perú  
Los ojos se le saltaban.  
Luego, imponiendo silencio  
Con una grave mirada,  
—Gonzalico, Gonzalico  
(Replicó al doncel de marras),  
Ni tú sabes lo que piensas,  
Ni tú piensas lo que hablas,  
Que, Pizarro al fin y mozo,  
Como flecha te disparas.  
Yo he venido al Nuevo Mundo  
Por mi Dios y por mi patria,  
De tierra de caballeros  
En que es Jerez extremada,  
Y á ley de caballería  
No he de volver las espaldas  
Ni á injusticias de la suerte,  
Ni á flaqueza alguna humana.  
—¡Voto á bríos!—gruñó Gonzalo,  
Perdiendo respeto y calma—  
Para tal virtud, no hay tierra  
Que pisar en estas playas.  
Mientras en vez de virtudes  
Acero y hierro no traigas,  
Vendrán con sus lindas manos  
Bachilleres y garnachas  
Á vendimiar esta viña  
Con nuestra sangre regada.....  
¡Voto á bríos! ¡si aun queda sangre,  
Callen cartas y hablen barbas!  
¿Se han de meter forasteros  
Á gobernar nuestra casa?  
¿Quién hizo á nuestra ciudad  
Del istmo emporio y sultana

Que en vez de Santa María  
Debiera llamarse Vasca?  
Tú, gobernando con honra;  
Tú, administrando con maña,  
Y siendo á los indios padre  
Y á nosotros camarada.  
Por tí somos ya milicia  
Los que éramos chusma y taifa,  
Y tenemos arcabuces  
Y algunos caballo y lanza.  
Para dar la vuelta al mundo  
Camino Colón buscaba,  
¡Y tú, que lo has encontrado,  
Que te lo cierren aguantas!  
Tú, en los Andes el primero,  
Émulo al condor y al águila,  
¡Vas á caer de la zorra  
En las miserables garras!.....  
Ni de estrellas ni de magos  
Haz cuenta..... si no es contraria,  
Que, hembras al fin, las estrellas  
Gustan de verse violadas.  
¡Ah, Vasco, Vasco, si yo  
En tu pellejo me hallara!  
Berrocales de Trujillo,  
Compañeros de mi infancia,  
No temáis que aquel Pizarro  
Se ablande como pizarra.  
Donde yo ponga mi tienda,  
Donde yo siente mi planta,  
Han de arrancarme..... de cuajo,  
No hoja á hoja y laja á laja.  
—Basta, que ya es villanía  
Oír propuestas villanas—  
Grita Vasco, revolviéndose  
Del corcel sobre las ancas,  
Y á par en ambos ijares  
Ambas espuelas le clava.—  
¿Quién presuroso no acude  
Si el Gobernador le llama,  
Que manda aquí por el Rey,  
Que en todos nosotros manda?  
¡Señor Francisco Pizarro,  
Llevadme preso á Pedrarias;  
Que el que no teme, no debe,  
Y Cristo á todos nos valga!

V. BARRANTES.







# MATRIMONIOS

## PROMOCIÓN DE 1894

### I.

**Inocente Lález.**

¡Si yo hubiera podido sospechar lo que me iba á suceder, no estaría casado ahora, sino soltero y muy soltero, libre, feliz é independiente!..... Pero ¿cómo lo había de sospechar?..... Mi novia Telesfora, hoy mi mujer, poseía todas las cualidades propias para hacer la felicidad de un hombre de pocas pretensiones: buena cara, buen cuerpo, buena salud, modestia, dulzura, prudencia, templanza, y unas cuantas acciones del Banco de España..... Mas ¡ay! que á excepción de las acciones del Banco, todas las demás cualidades que veía en mi novia no existen en mi mujer. La buena cara se la hacía su mamá, extremada en la pintura en vivo; el buen cuerpo se lo debía á la misma autora de sus días, que le arreglaba las deficiencias de la naturaleza por medio de una complicada combinación de almohadillas, ballenas y suplementos de varias clases y formas; su buena salud, ya no es tan buena, y la mamá y ella echan la culpa al matrimonio; la modestia, la dulzura, la prudencia y la templanza son virtudes que mi mujer ha perdido al cambiar de estado. Cuando éramos novios vestía con la mayor sencillez, porque así me parecía más bonita; pero ahora cada cuenta de la modista me hace temblar, y dudo que haya en la corte de las Españas mujer que gaste más sombreros de paja y fieltro, y que haga más visitas á las tiendas de la calle de Espoz y Mina y á las casas de saldos..... Aborrezco estas casas de saldos. Como todo se vende barato, mi mujer, para aprovechar la ganga, toma de todo en proporciones enor-

mes, y se llevan los saldistas mi dinero con el mayor donaire, porque las acciones del Banco de España las guarda para el porvenir, por dictamen de su madre, que es señora muy prevenida..... Pero todo esto podría tolerarse si mi mujer no se hubiera subido á la parra después de efectuado nuestro enlace, y sacado los pies de las alforjas, trocándose aquella dulzura con que me enamoró en despego y soberbia. No tengo duda de que mi mujer me considera un ser inferior, pero muy inferior..... De otra suerte no me trataría con tanta altanería, y para llamarme por mi nombre no emplearían ella y su madre un tono irónico y cargante..... En fin, que estoy arrepentido de haberme casado con la cándida Telesfora, pero muy arrepentido. ¡Y lo más triste es que á nadie puedes echar la culpa de lo que te pase, Inocente! Y ella también está arrepentida, ya lo creo, bien se le conoce, porque todavía lo disimula menos que yo. ¡Y que este nuestro es un arrepentimiento para el que no hay el consuelo del propósito de la enmienda!.....

### II.

**Lucrecia Pérez.**

¡Anda con Dios, hombre, anda con Dios!..... ¡Jesús! desde que se levanta hasta que se va á la oficina ¡qué manera de hablar!..... ¡qué palabrotas! ¡qué blasfemias! ¡qué frases tan desvergonzadas! ¡qué humor tan negro! Mi padre nunca se enfadaba, y sobre todo, nunca le oíamos en casa esas interjecciones tan feas que mi marido suelta á cada momento y por la más mínima cosa: porque se quema al to-



mar una sopa de chocolate; porque el botón de la camisa es más grande que el ojal; porque lee en *El Imparcial* una noticia política que le desagrada; porque la criada rompe un plato..... Si hubiera hablado así en casa de mis padres, papá le habría puesto en la calle, y ahora papá, á quien me he quejado del lenguaje de mi marido, me dice que tenga paciencia y lo sufra. No, pues lo que es á papá no le gusta que se hable así..... pero se conoce que nosotras, las pobres mujeres, en cuanto nos casamos tenemos que sufrirlo todo con paciencia. No hay otro remedio, ya lo voy viendo. El otro día, harta ya de oír á mi marido soltar por aquella boca sapos y culebras, le dije:—«Pero, hombre, ¡qué mal gusto tienes en hablar así! ¡A qué conduce blasfemar de ese modo!» Y me contestó:—«¡Bah! ¿También mojigata?.....» ¡También!..... Es decir, que para mi marido tengo otros defectos y también el de ser mojigata. También se lo dije á papá, y me dijo, como siempre, que tenga paciencia. Parece imposible que un hombre tan distinguido y de tanto talento como tiene mi marido, y que escribe, según dicen todos, con la mayor corrección y singular elegancia, hable en su casa un lenguaje por todo extremo inculto y grosero. No habla así mi primo Arturo..... bien que no me atrevo á asegurarlo, porque puede que en su casa, y luego que se case, hable como mi marido; pero no, tan mal como Enrique no habla nadie en este mundo. ¡Válgame Dios! ¿Por qué la poesía del amor no había de continuar en el matrimonio?..... Yo no creía que la poesía fuera incompatible con el matrimonio. ¡Jesús! No creí antes de casarme que después de casada había de tener tantas ganas de llorar.... ¡Qué desencanto, Dios mío!

## III.

## Juanito Simplón.

Pues señor, no le aconsejaré á mi mayor enemigo que se case con viuda. Yo podía haberme casado con una doncellita candorosa, como la hija de D.<sup>a</sup> Gregoria, mi patrona, ó con una solterona madura, como la hermana de D. Nicolás, mi compañero de oficina, que todavía está de buen ver (la solterona, no D. Nicolás), y con la una ó con la otra pienso que me hubiera ido perfectamente; pero preferí la viuda, porque como yo no soy ya niño, y tengo este humorcillo hérpético que me sale á la cara en el verano, y este reumatismo que en invierno me proporciona ratos tan entretenidos, creí que me convenía para esposa una mujer experimentada, por haber sido ya casada con otro prójimo, circunstancia indispensable para saber cómo se cuida á un marido amante y echado á perder, como lo estaba el primero de la viuda en que puse los ojos para castigo de mis pecados, ó mejor dicho, de mi simplicidad. Mi mujer, que cuidó á su primer marido hasta que éste se fué al otro mundo, y ojalá no se hubiera ido, dice que pasó con él una vida penosa, sin disfrutar de las diversiones lícitas á que fué siempre muy aficionada, sin vestirse á la moda porque no tenía gusto en aderezarse viendo á su marido en tan precario estado de salud, sin cultivar las buenas amistades que tenía, por no separarse del enfermo, que no se hallaba sin ella; por todo lo cual puede decirse que de las dulzuras y

encantos del matrimonio no gozó jamás, y por eso, siendo todavía joven (cuarenta años bobos), ha vuelto á casarse, en la seguridad de que aquel pobrecito que está en la gloria verá desde allí con alegría que su mujer encuentra, casada otra vez, la compensación de las vigilias y los cuidados de aquel tiempo en que ejerció con él oficio de hermana de la Caridad.

Tal fué el discurso que me enderezó después de nuestra boda, y hace diez meses estoy sirviendo de compensación á esta viuda, que se desquita ahora grandemente de cuantas penas tuvo en vida de Alamillo, su primer marido. ¡Si yo lo hubiera sospechado!..... La supuse muy retraída, muy metida en casa, muy cuidadosa de la hacienda conyugal; que sabría repasar la ropa, guisar, hacer platitos delicados.... ¡Sí, sí, buenos platitos nos dé Dios! Lo que hace es acicalarse, componerse, empolvase, pintarse, teñirse, salir á la calle, gastar sin tino, visitar amigas y tiendas, y recordarme todos los días las buenas prendas del difunto, su talento, su gracia, su bondad, y que á mí no me podía ver, como si presintiera el pobre que me iba á casar con su viuda. Con mujer como ésta no es posible vivir en paz, y ya hemos tenido algunas reyertas, y vamos á acabar mal. Ella dice que si enviuda segunda vez (¡antes ciegue que tal vea!) no se casará aunque la pretenda un ministro, Becerra, pongo por caso..... pero lo mejor, lo más equitativo sería que enviudara yo..... ¡Oh! Si yo tuviera esa desgracia, ¡qué feliz sería! Mas ¡ay! temo que esta mujer acabe conmigo. Y me estará muy bien empleado, por haberme casado con una viuda hipocritona y falsa, habiendo por ahí tantas doncellitas cándidas, tiernas, sinceras, cariñosas, que están deseando hacer la felicidad de los hombres. Y he cobrado miedo á esta mujer, porque creo, Dios me perdone, que al pobre Alamillo le mató ella.....

## IV.

## El teniente Reclo.

Mi mujer es bonitísima, y no puedo dudar que está muercecita por mí..... De suerte que soy, por la presente, un marido feliz; en los siete meses que llevo de casado, ni un solo momento ha cambiado mi mujer en su adorable actitud de esposa amantísima..... Ni es dengosa, ni caprichosa, ni curiosa, ni celosa..... Es la más humilde, la más sumisa, la más tierna y la más discreta de las esposas..... Pero ha sido un gran desatino casarme, porque si el tesoro de amor que ella y yo poseemos es, según todos los indicios, inagotable, lo que es de dinero estamos malditamente..... Hasta que me he casado no he sabido qué poco dinero se contiene en 37 duros cada mes..... Francamente, esto no es vivir, y para vivir así valía más que no hubiera yo conocido á mi amada Angustias, y no las experimentaría ahora tan grandes.... ¡Y la casualidad de no tener ella más que su virtud y su hermosura, y yo mi espada! ¡La espada y 37 duros al mes, y diez ó doce años que tardaré en salir á capitán!..... ¡Si me hubiera alcanzado siquiera el salto del tapón! ¡Sería yo capitán..... y no me cambiaría por un capitán general, porque con unos cuantos duros más sobre los 37, ya teníamos dominada la situación!.... Sólo nos faltan unos cuantos



duros más cada mes; pero esa falta me produce una contradicción tan grande, un disgusto tan profundo..... que no puedo menos de arrepentirme de haberme casado, como si hubiera cometido un delito..... ¡Qué dolor experimento viendo á Angustias privada de toda gala, de toda distracción, comiendo poquito y padeciendo, en fin, las escaseces y apuros propios de quien no tiene dinero! ¡Oh! Quisiera no haberla conocido, ó mejor que no hubiera nacido, porque así tampoco la habría conocido otro..... Pero puede que si no hubiera conocido á Angustias hubiese conocido á otra, me hubiera enamorado de ella, me habría casado con la misma premura é igual imprevisión, y si me hubiese salido falsa, dominante, intolerante..... ¡oh! entonces hubiera sido más desgraciado que ahora, porque lo que es ahora soy feliz, completamente feliz; es decir, completamente no, porque á mi no me digan, con 37 duros al mes no puede haber más que una felicidad muy atenuada..... Y dentro de tres meses, á lo sumo, Angustias y yo experimentaremos el placer más grande que se conoce en este mundo, el de tener un niño ó una niña..... ¡Y no tendremos un céntimo más al mes sobre los 37 duros!..... ¡Qué felicidad y qué desgracia haber conocido á mi amada Angustias!..... ¡Bendita sea!.....

## V.

## Lucinda.

¡Dios mío, Dios mío!..... ¡que no haya un solo día en que no tenga que sufrir alguna pena! Decía mamá que iba á ser tan feliz casándome con D. Ramón..... Me cuesta un trabajo tan grande llamar Ramón á mi marido..... La pobre mamá creía buenamente que siendo muy rico mi marido, ya no necesitaba yo otra cosa para ser feliz. Es claro, como pasábamos las dos tantos apuros antes de casarme, no tiene nada de particular que pensara la pobre que la felicidad consiste en no tener apuros. No, y apuros no tenemos, gracias á Don..... digo, á Ramón, á mi marido, que es buena persona, eso sí, generoso, complaciente, y nos quiere mucho á mamá y á mí..... Así la pobre mamá está contentísima y le quiere con delirio..... ¡Ay! mejor hubiera sido que se hubieran casado mamá y él..... Yo le habría querido como á un segundo padre, digo, como á un padre tercero, porque mamá es viuda por segunda vez, y siendo yo hija de su primer matrimonio, ya he tenido dos padres. Ayer vino la modista á tomarme la medida para hacerme dos vestidos de paseo, y la modista era mi amiga Petrilla, que trabajaba conmigo en casa de Madama Sofia. ¡Me dió una rabia verla y oirla!..... Se ha casado con un empleado de aduanas, muy buen mozo, que se llama Juan Lenteja, y ha puesto un taller de modista enfrente de esta casa. Yo vi en la muestra, en los balcones: *Mme. Lentille*, y la llamé creyendo que sería una francesa recién venida. ¡Qué rabia! conoce á D. Ramón, digo, á Ramón, y se atrevió á decirme que ella no se hubiera casado con D. Ramón, pero que yo he hecho muy bien..... ¡Habría insolente!..... Y luego me ponderó la gallardía del Sr. Lenteja y lo que la quiere, y lo que se divierten los dos..... ¡De buena gana la hubiera arañado! Ya no tengo más remedio que dejarla hacer los dos vestidos; mas no me hará otro, se lo juro..... Pero hoy he tenido

un disgusto más grave todavía.

Después de almorzar se levantó

Don..... digo, mi marido,

porque había venido á

hablar con él el Duque

de la Paletilla, á quien

le va á prestar diez mil

duros sobre una finca, y

quedamos de sobremesa

mamá durmiéndose, el

sobrino de Don...

de Ramón y yo.

¡Jesús, qué so-

foco! ¡Pues no se

atrevió á decirme ese

mico que debo quererle

un poco..... para consolarme de haberme casado con su

tío!..... Vamos, que no sé cómo me contuve para no decirle

una fresca y tirarle á la cabeza la taza de café. Y D. Ra-

món, digo, mi marido, está loquito con el sobrino y le

cree un muchacho muy formal y muy comedido..... Mu-

cho, mucho, lo que es comedido, es mucho el grandísimo

pillastre..... ¡Y con qué humildad besa la mano á su tío!.....

¡Y con qué chunga me llama á mí *tita!*..... No, lo que es

cuando yo esté sola no le vuelvo á recibir..... Ya se lo he

dicho, y el muy sin vergüenza se ríe y dice: «Pero, hija, ¿no

ve usted que se va á incomodar mi tío? ¡Pues poquito que

me quiere mi tío!.....» ¡Jesús!..... Casarse D. Ramón con se-

setenta años conmigo que tengo veintidós, ha sido, como

dice el sobrinito, una barbaridad..... ¡Ya lo creo que ha sido

una barbaridad!..... ¡Y mamá tan satisfecha!..... ¡Jesús! cuan-

do me dice mamá: «Vamos, Lucinda, que no nos podemos

quejar, que buena suerte hemos tenido», tengo que hacerme

mucha violencia para no faltarla al respeto. Ella sí que

ha tenido suerte, pero yo..... ¡Ay! ahí viene D. Ramón,

digo, mi marido..... ¡Que no me conezca que he llorado!.....

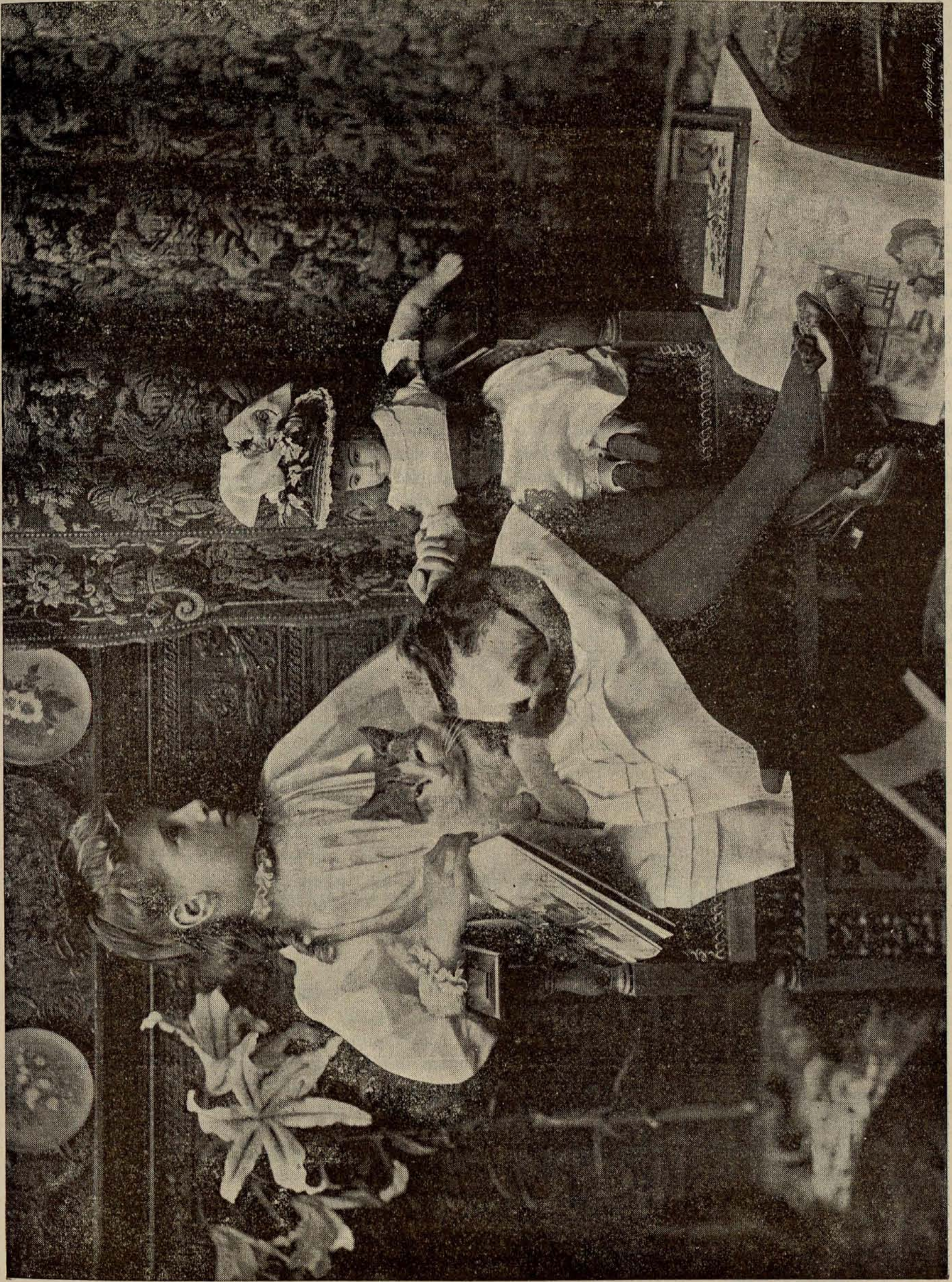


## VI.

## Juanito Portal.

«Querido Juanito: Más vale tarde que nunca. Hasta cinco meses después de haberte casado con D.<sup>a</sup> Facunda no te ha ocurrido dar parte de la boda á tus primas. En la corte os hacéis muy olvidadizos. Ya sabíamos por amigos que han venido de la corte á Villasandía que habías hecho una gran boda, y francamente te diremos que estábamos bastante resentidas contigo, pues no podemos olvidar que tú y nosotras nos hemos criado juntos, y creíamos que nosotras habíamos de ser las primeras en saber el grande acontecimiento. Doña Jenara, la de Colmillo, que vino de Madrid el jueves, de ponerse la dentadura, nos dijo que había ido á visitaros, y que tu señora esposa le había parecido muy bien, persona formal y de mucho respeto, y que, sin ser una beldad, ni mucho menos, no es desagradable, y le hace cierta gracia el ojo que tiene entornado y no le afea mucho el labio partido, y con la peluca rubia está que nadie le echará más de cuarenta años. Muy cordialmente te damos la enhorabuena por haber merecido el cariño de esa señora, á quien ya que-





LOS FAVORITOS DE LA CASA.



remos como prima, y estamos deseando conocerla. Si nos mandarás su retrato lo enseñáramos en toda Villasandía, pues es mucha la gente de aquí que, por lo que nos han oído hablar de ti y de ella, está rabiando por verla. Le darás muchos besos en nuestro nombre, y tú lo que quieras de tus primas—*Bruna y Leoncia.*»

¡Lechuzas! ¡envidiosas!..... Un rayo hubierais querido enviar dentro de esta carta para acabar á un tiempo con mi Facunda y conmigo..... Bien se os conoce la rabia que os devora porque vuestro primo no se ha casado con una de vosotras..... ¡Vaya una proporción! ¡Bonito papel hubiera yo hecho metido en Villasandía, cuidando de la panera y del lagar, de la media docena de olivos y de ese par de viñas que tenéis, comidas de filoxera! Buenas ganas se os han pasado de llamar en la carta fea y vieja á Facunda, de quien se conoce que os ha dicho las mayores injurias la chismosa D.<sup>a</sup> Jenara, la de la dentadura. Sí que es fea mi Facunda, y vieja..... ¡Mejor que mejor!..... Á mí me ha gustado, y estoy muy *retecontento* con ser su marido, y no tengo que trabajar, ni que hacer otra cosa que pasearme, divertirme, cobrar los cupones de los cuatros y los dividendos del Banco y de la Tabacalera, y darme la gran vida. Ya no fumo tagarninas, sino buenísimos habanos; ni cómo los fideos de mi patrona D.<sup>a</sup> Regina, la de la barba corrida, que me daba miedo verla, y no me visto en ropería, que me visto en casa de Caracuel, y voy en mi berlina, ó en mi *charrette* cuando hace bueno, y puedo pasar por todas las calles de Madrid sin temor de encontrarme con los odiosos acreedores, y están muertas por mí cinco duquesas, á juzgar por las miradas con que me favorecen en el Retiro, en las carreras y en el teatro, y este año, primero de mi matrimonio, voy á San Se-

bastián y á Biarritz, donde está la *Villa Facunda*, propiedad de mi amada esposa, la del *ojo entornado y el labio partido*, como os ha ido diciendo la D.<sup>a</sup> Jenara, que es una sierpe venenosa. ¿Su retrato?..... ¿Queréis que os envíe su retrato?..... Para ir á todas partes diciendo: «¿Ven ustedes qué fea es la mujer de Juanito?..... Nuestro primo está loco. ¿Han visto ustedes qué mujer se ha echado?.....» Y no será malo que no inventéis alguna calumnia, con el auxilio de D.<sup>a</sup> Jenara, la que mató á Colmillo, su marido, á fuerza de sofocones; que el pobre no se atrevía á respirar delante de ella: como que le tenía acoquinado y alelado, y creo que todas las noches le pegaba una zurra, y así estaba él, que se fué consumiendo y reduciéndose á la más mínima expresión, hasta que se murió, y en los últimos momentos murmuraba la pobre víctima: «Gracias á Dios que me muero y la pierdo de vista.» Mi Facunda no es así; mi Facunda, aunque ya no cumplirá los cincuenta, es enteramente un alma cándida....., la única persona de este mundo que ha puesto su confianza toda en mí, entregándome, con su amor y su mano, los valores del Estado, las acciones del Banco y todo lo que constituye su fortuna..... y la mía. ¿Y qué me exige en cambio?..... Un poco de amor; que la llame *mi Facunda*, *mi monísima*, *mi rica*, *mi bobilla*, *mi tontona*, lo que, en verdad, no me cuesta ningún trabajo. Dirán que no tengo vergüenza. ¿Y á mí qué?..... El año que viene seré diputado por Villasandía, y me hombrearé con las grandes figuras de la política, y diré á D. Antonio: «Adiós, Cánovas», y le pediré lo que quiera á D. Amós. Y todo se lo deberé á mi D.<sup>a</sup> Facunda.

CARLOS FRONTAURA.



## LA MUJER IDEAL

### SONETO

Acaso la forjó mi fantasía,  
Y, de la mente plácida quimera,  
Tal vez en vano mi ansiedad espera  
Con formas de mujer hallarla un día.  
Ella es de mi razón único guía,  
De mis pasiones única barrera,  
Y siempre he de querer lo que ella quiera,  
Pues á su voluntad rendí la mía.  
Ensueño vagaroso del deseo,  
Yo sus encantos en el pecho abrigo,  
Yo sólo el mundo de su amor poseo.  
Mujer la aguardo, sombra la persigo,  
Y en mis delirios de placer la creo  
Nacida en mí para morir conmigo.

EDUARDO LUIS DEL PALACIO.





# LA GRAN BATALLA

¡Qué obscuridad! Los muros de mi estancia  
Negros están cual funerales paños.  
Sólo un hilo de luz tenue penetra  
Por la hendidura del balcón cerrado,  
Sobre el cual lanza la siniestra luna  
Un moribundo amarillento rayo.  
El sueño junto á mi bate sus alas  
Sin llegarse á fijar sobre mis párpados,  
Cual triste buho que indeciso tiembla  
Sobre la rama de un estéril árbol.  
Todo á mi lado en las tinieblas flota,  
Y hondo silencio me acompaña el cuadro.  
Un confuso rumor percibo á poco,  
Y frases luego, y golpes redoblados,  
Y gritos de ansiedad, y ayes de muerte,  
Y estrépito infernal; y vi luchando  
En torno mío un espantable ejército.  
En él lucían jóvenes gallardos,  
Y espléndidos magnates y señores,  
Y príncipes y artistas; y á su lado  
Bellas mujeres combatiendo airozas  
Entre lanzas, banderas y penachos.  
Y en profusión sin término pasaban  
Genios sombríos y orientales magos,  
Ondinas verdes, náyades azules  
Y pálidas sirenas que, aun matando,  
Parecían brindar sobre la tierra  
La lluvia de oro de los sueños mágicos.  
Y á la vez que rodaban por el valle  
Los exánimes cuerpos desgarrados,  
Lanzábanse á la lid con recio empuje,  
Cual héroes fabulosos y fantásticos;  
Y al caer, acercábanse las vírgenes  
Y echaban flores en sus rotos cráneos,  
Ó los cubrían con su largo pelo  
En sangre y polvo y légamo empapado.  
Y al exhalar su espíritu animoso  
Los guerreros tendidos en el llano,  
Vi de sus cuerpos desprenderse al aire  
Sus fieras sombras y seguir luchando.  
Y al subir destrozándose furiosas,  
Se rasgaron las nubes del espacio

Y las cercó un tropel de extraños seres  
Hermosos, vistosisimos y alados,  
Que, al girar sus espadas encendidas,  
Veloces cual la llama y el relámpago,  
Las obligaban á rodar deshechas  
Por los abismos de los cielos anchos;  
Y al descender, á su alrededor caían  
Ricas guirnaldas de colores varios  
Que iluminaba la risueña aurora,  
Deslizándose en los pétalos sus rayos.  
La noche, en tanto, desplegó sus gasas  
Y todo lo envolvió. Fúnebre espanto  
Difundió el aire. Soledad, misterio,  
Reinó de pronto, y sólo se escucharon,  
Como el rumor con que las olas mueren,  
Suspiros, sin aliento, entrecortados.

Aclárase la sombra: un rayo rojo  
De sol reemplaza al de la luna pálido.  
Camina el rayo y á mi lecho llega,  
Y da en mi corazón: con ojos vagos  
Aspiro á ver el campo de batalla  
Y contar los cadáveres. En vano  
Lo pretende mi afán. ¿Dónde, Dios mío,  
Dije, está el sitio de la escena trágico?  
Sentí una fuerte sacudida, y luego  
Terror y frío y ansiedad. La mano  
Llevé á mi pecho, y al notar que apenas  
Se levantaba trémulo y pausado,  
Me pareció un momento que la sangre  
Que vi correr en el combate infausto,  
De mi ya roto corazón salía,  
Y que brotaban de él, como de un antro,  
Plegarias y sollozos y estertores  
De palpitantes miembros destrozados.  
Fijéme un punto, y á la luz del alba  
Miré el montón de muertos en el campo:  
¡Eran mis ilusiones los cadáveres!  
¡Era mi corazón aquel teatro!

G. BELMONTE MÜLLER.



# DE PLANCHADORA Á DUQUESA



## I.

lo último de la calle de las Huertas, casi al desembocar en el paseo del Botánico, habitaba, hace justos veinte años, una pobre mujer, viuda de un albañil, que se ganaba la vida planchando camisas para tiendas y casas particulares.

Un día con otro ganaba hasta dos pesetas, y esta exigua cantidad le bastaba para pagar una altísima guardilla, cuyo alquiler le costaba tres duros al mes; para comer, casi todos los días, un modesto cocido, é ir siempre decentemente vestida.

Había sido en sus juventudes doncella en varias casas principales, y merced á los buenos recuerdos que dejara en ellas, sus antiguas amas le regalaban de vez en cuando vestidos viejos, camisas usadas; y en muchas ocasiones, cuando alguna criada se hallaba enferma, solían acudir á ella para reemplazarla en la costura ó el planchado.

Rafaela, á pesar de hallarse sola en el mundo; á pesar del triste recuerdo de su marido, que se estrelló al caer desde lo alto de un andamio, era casi feliz.

No echaba de menos sino alguno que viviese al lado suyo; á una compañera con quien pudiese contar para cuidarla ó asistirle en sus enfermedades.

Dios no quiso concederle un hijo durante su matrimonio.....; y ¡cómo hubiera endulzado sus amarguras la presencia de un ser querido que animase su soledad, la consolará en sus quebrantos, disipase su tristeza, y cerrara sus ojos el día de la muerte!

Sin embargo, Rafaela no era desgraciada: de carácter alegre y humilde, todo lo soportaba con cristiana resignación, y hasta daba gracias diariamente al cielo por haberle concedido salud completa y resignación con su suerte.

Una mañana temprano, poco después de levantarse, al

salir en busca de su miserable desayuno, tropezó con una canastilla de mimbrés, cuidadosamente cubierta por un pañuelo blanco de batista, y colocada precisamente delante de la puerta de la escalera.

Bajóse presurosa á ver lo que contenía, y ¡cuál no fué su sorpresa, su asombro, al advertir que en el fondo dormía tranquilamente una niña, un ángel recién venido al mundo, envuelto en finísimos pañales!—Al lado había un papelito, donde se leían las siguientes palabras:

«Conociendo tu buen corazón, una madre desventurada te confía la hija que acaba de dar á luz. Reemplázala tú, y algún día obtendrás justa y merecida recompensa, si no aquí abajo, allá en el cielo. — Está bautizada y se llama Luisa.»

Rafaela experimentó un momento de lucha horrible: de contrariedad, por el nuevo trabajo que le sobrevenía; de júbilo, por encontrar aquello que echaba de menos siempre.

Este último sentimiento fué el que se sobrepropuso á los demás: cogió apresuradamente la canastilla, sacando sin tardanza su contenido y colocándolo amorosamente en su pobre lecho.

La niña era preciosa, y al abrir los ojos miró sonriendo á aquella que iba á reemplazar á la madre desnaturalizada y cruel que la abandonaba.

Lo más urgente era buscarle alimento para que no se muriese de hambre: los escasos recursos de Rafaela no le permitían traer nodriza, y entonces le ocurrió la idea de criarla, como tantas otras, con biberón.

Corrió, pues, á la calle, no tardando en volver provista de cuanto necesitaba para el objeto.

La niña se prestó dócilmente á beber la leche que Rafaela le suministró, y desde aquel punto y hora, dotada de genio angelical, no se resistió nunca á tomar el que debía ser su único sustento.

Dedicóse Rafaela á examinar desde el principio los pañales en que se hallaba envuelta la criatura: eran de Holanda, bien cosidos y bien bordados, teniendo por marca dos letras: L. G.

Imponíase empero la necesidad de proveerse de otros para reemplazar á aquéllos; y Rafaela agotó en semejante gasto sus limitados recursos.

¡Con qué satisfacción lo hizo! ¡Cómo bendecía al Omnipotente por haber escuchado sus votos para proporcionarle lo que constantemente había deseado:—un ser á quien



amar, consagrándole sus cuidados, su ternura y su corazón!

La pobre niña abandonada correspondía de modo admirable al cariño de la planchadora: no lloraba nunca: sonreía á menudo, y contestaba á los halagos que le prodigaba la que había llegado á ser su madre verdadera.

## II.

Así pasaron los años de la infancia y de la niñez; y al llegar á la adolescencia, Luisa ayudaba á Rafaela en las faenas de la casa; no dejando de contribuir á su sostenimiento, pues trabajaba sin tregua, ya cosiendo las ropas suyas y de Rafaela, ya planchando también como ésta los encargos que recibían de fuera.

La fisonomía y el carácter de la joven guardaban completa armonía: la una era bella, suave, angelical; el otro afable, cariñoso, dulce.

Rafaela idolatraba á su hija, y Luisa adoraba á su madre.

Esta en sus ratos de ocio la había enseñado á leer y escribir, y aquélla, aprovechando sus lecciones, aventajó pronto á la maestra.

Dotada de fácil comprensión y de rara inteligencia, todo lo aprendía con extraordinaria rapidez.

Cosía y bordaba á la perfección, y planchaba de la manera más perfecta, lo mismo camisas que encajes, así lo liso, como lo plegado.

Merced á tan diversas aptitudes, reinaban en la pobre vivienda el orden y la abundancia: los ingresos eran superiores á los gastos, y Rafaela miraba el porvenir con menos terror que antes.

Inútil es decir que las dos mujeres se amaban con verdadera pasión: la una había visto realizados sus deseos más ardientes, hallando en quien depositar los tesoros de amor de su alma; la otra creía deber la vida á aquella que sólo parecía existir para idolatrarla.

Hacia tiempo, mucho tiempo, que abandonaran la guardilla de la calle de las Huertas, instalándose en un precioso cuartito de la de Serrano.

Rafaela había tenido dos motivos para este cambio: las vecinas la hacían blanco de bromas groseras y soeces, de resultas de la aparición de la hermosa niña, no dando crédito á la verdadera historia que la planchadora les había referido: Luisa, por su hermosura y natural distinción, no pudo lograr el afecto ni las simpatías de aquellas mujeres vulgares, que la acusaban de orgullosa y altiva.

Fué indispensable cambiar de domicilio; y como los productos de la continua labor lo permitían, establecieron madre é hija con mayor amplitud y comodidad.

Un día con otro, ganaba Luisa cuatro ó cinco pesetas; mientras Rafaela, menos hábil, no pasaba de su jornal antiguo.

Así vivían tranquilas y felices, sin desear más de lo que tenían, sin temores y sin penas, consagradas las dos al mutuo afecto que las unía.—Luisa creyendo que Rafaela la había llevado en su seno; Rafaela olvidando casi lo pasado para no vivir sino en lo presente.

## III.

El amor no había conmovido aquel corazón juvenil, extraño, ajeno todavía á las pasiones humanas. Luisa salía poco, y nunca sola, y todos sus placeres y distracciones se reducían á pasear los domingos y días de fiesta por el campo.

Algunos transeuntes se volvían á contemplar el rostro bellísimo y el talle esbelto de la joven; pero ella no advertía siquiera las muestras de admiración de que era objeto, no pasando empero inadvertidas para Rafaela, que experimentaba un profundo sentimiento de orgullo y satisfacción.

Pero cierta tarde de estío, cuando Luisa acababa de cumplir veinte años, recibió por el correo interior un billetito elocuente y apasionado, con la firma de Fernando Ramirez.

Era una entusiasta declaración de amor, en que el desconocido manifestaba sus deseos y sus esperanzas, anhelando correspondencia á tal inclinación, y exponiendo sus medios de subsistencia: era pintor de cuadros, y aunque todavía poco conocido, contaba ya con medios para vivir holgadamente.

Luisa entregó á Rafaela la epístola en cuanto la abrió, rogándole la dictase respuesta.

—¿Conoces á ese hombre?—preguntó la planchadora inquieta y alarmada.

—Debe ser—repuso la joven—un muchacho que nos sigue con frecuencia.

—¡Cómo no he reparado yo en él!—volvió á exclamar Rafaela cada vez menos tranquila.

El día siguiente era domingo, y durante el paseo pudo observar que á cierta distancia de ellas venía el enamorado galán.

Su aspecto no tenía nada de alarmante ni de repulsivo: de rostro grave, de figura simpática, de porte decente, vestía, si no con elegancia, con decencia, representando de veinticuatro á veintiséis años.

La primera impresión fué buena, y Rafaela pensó que el artista podía ser un partido excelente para su hija adoptiva.

La pobre mujer era ya vieja: el trabajo asiduo y constante había debilitado su naturaleza; padecía de achaques propios de la edad, y ¿no podía morir el día menos pensado, dejando sola, enteramente sola en el mundo, á su adorada niña, según siempre la llamaba?

Desde aquel momento dedicóse á observar, á espiar la conducta y los movimientos del desconocido: á menudo le veía situado enfrente de su humilde morada, y cuantas veces salían á la calle iban seguidas á respetable distancia por el mancebo.

Era preciso despejar la situación, conferenciar con su perpetuo seguidor, cerciorarse de la honradez de sus intenciones.

Cierta tarde, viéndole situado en el lugar de costumbre, fué Rafaela derecha á él.

—¿Es usted el que ha escrito una carta á mi hija?—le preguntó.

—Sí, señora—repuso Fernando sin vacilar.

—¿Cuáles son las intenciones de usted?

—Las más rectas y honradas: las de hacerla mi esposa.



He tomado informes de las vecinas de ustedes, y todas han estado conformes en dármeles inmejorables de su honradez y virtudes.

—¿Y cuáles son los recursos con que cuenta usted para sostener las necesidades de la familia que se propone crear?

—Gano un año con otro 3.000 pesetas, y me parece suficiente para nuestro sustento.

—¿Tiene usted padres?

—Estoy solo en el mundo, siendo mi aspiración única que usted me permita, por medio del trato, convencerme de que no soy odioso á aquella á quien amo con todo mi corazón.

Rafaela se quedó perpleja un instante, comprendiendo al fin el absurdo de rechazar al que manifestaba tan nobles y delicadas intenciones.

—Venga usted mañana á la noche á casa—le dijo;—y allí, en presencia de Luisa, podremos hablar más detenidamente.

Verificóse, pues, la primera entrevista con resultado satisfactorio: Fernando Ramírez pintó con entusiasmo su pasión, dando menuda cuenta de sus recursos, de sus esperanzas, y quedó convenido que las dos mujeres visitarían el domingo inmediato el estudio del pintor, y conocerían su manera de ser y de vivir.

#### IV.

El examen no pudo verificarse con mejor éxito y satisfacción. Fernando habitaba en la calle del Gobernador, en el quinto piso de una casa moderna. Servíale de criada una viejecita humilde y atenta, que no sólo atendía á todas sus necesidades, sino que le cuidaba maternalmente, guisando la comida, lavando las ropas, teniendo en completo estado de aseo el estudio donde trabajaba el pintor.

En él se veían paisajes y acuarelas de bastante mérito; dos ó tres retratos, cuyo barniz debía secarse antes de ser entregados á sus respectivos dueños; en fin, todo revelaba allí, á la par, el talento y la habilidad del artista, y los hábitos de orden y laboriosidad del hombre.

Ramírez había tenido la galantería de preparar una merienda sencilla y sabrosa en obsequio de las que le visitaban, y semejante atención acabó de conquistarle la simpatía y la consideración de la buena Rafaela.

Durante el frugal banquete quedó acordado y convenido que Fernando iría por las noches á pasar un par de horas en la casita de la calle de Serrano; y si al cabo de pocos meses los dos jóvenes creían ser felices uniéndose con eternos lazos, se verificaría el matrimonio en seguida.

¡Qué venturosos fueron durante aquel tiempo los dos amantes!—Porque Luisa había llegado á sentir y experimentar el propio cariño de que era objeto, y poco á poco descubrió en su futuro marido nuevas prendas y cualidades estimables.

Fijóse, pues, la fiesta de la Purísima Concepción para la boda. Fernando había hecho á su prometida regalos modestos, pero útiles, agotando Rafaela todos sus ahorros en la ropa blanca y demás indispensable para tales casos, cuando la víspera de tomarse los dichos, ó de firmarse los esponsales entre los futuros esposos, llamaron ruidosamente una

tarde á la puerta de la humilde morada de la planchadora.

Salió Luisa á abrir, y quedóse sorprendida al contemplar una señora como de cuarenta años, hermosa todavía, y lujosamente ataviada.

—¿Vive aquí—preguntó—una mujer llamada Rafaela Muñoz?

—Aquí vive—repuso la joven.

—Deseo hablarla.

—Puede usted pasar—añadió Luisa corriendo á avisar á su madre.

Sin saber por qué, latíale el corazón apresurado, sintiendo como el presentimiento de sucesos graves é importantes.

Rafaela salió sin tardar, creyendo que se trataba únicamente de algún encargo de costura ó de plancha.

La recién llegada, que parecía hallarse bajo el influjo de una emoción profunda, la interrogó en seguida:

—¿Ha vivido usted—dijo—en la calle de las Huertas, número 41?

—Largo tiempo habité allí.

—¿No es cierto que hará veinte años encontró usted á la puerta de su casa un canastillo encerrando una niña recién nacida?

—Es verdad—respondió Rafaela atónita y asombrada.

—¿Y existe aún la criatura que pusieron en sus manos?—preguntó su interlocutora con ansiedad.

—Es la misma—contestó la pobre mujer casi sin poder articular las palabras—es la misma que le ha abierto la puerta.

La desconocida exhaló un grito agudo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Que venga, que venga al instante!—exclamó fuera de sí.

—¿Puedo saber—dijo Rafaela—qué es lo que la señora desea?

—Pues bien—replicó ésta—soy la Duquesa de Montefiel, madre de esa niña, que me robaron cuando acababa de darla á luz.

Rafaela experimentó entonces el sentimiento mismo que agitaba el corazón de la ilustre dama, pensando que iba á perder lo que la otra acababa de encontrar: una hija querida.

La de Montefiel sacó del seno una carta, que puso en manos de la planchadora.

—Lea usted—añadió—y tendrá la explicación de todo lo ocurrido.

La epístola decía así:

«Voy á morir, Clementina, y en esta hora suprema debo hacerte la confesión solemne del crimen que cometí.

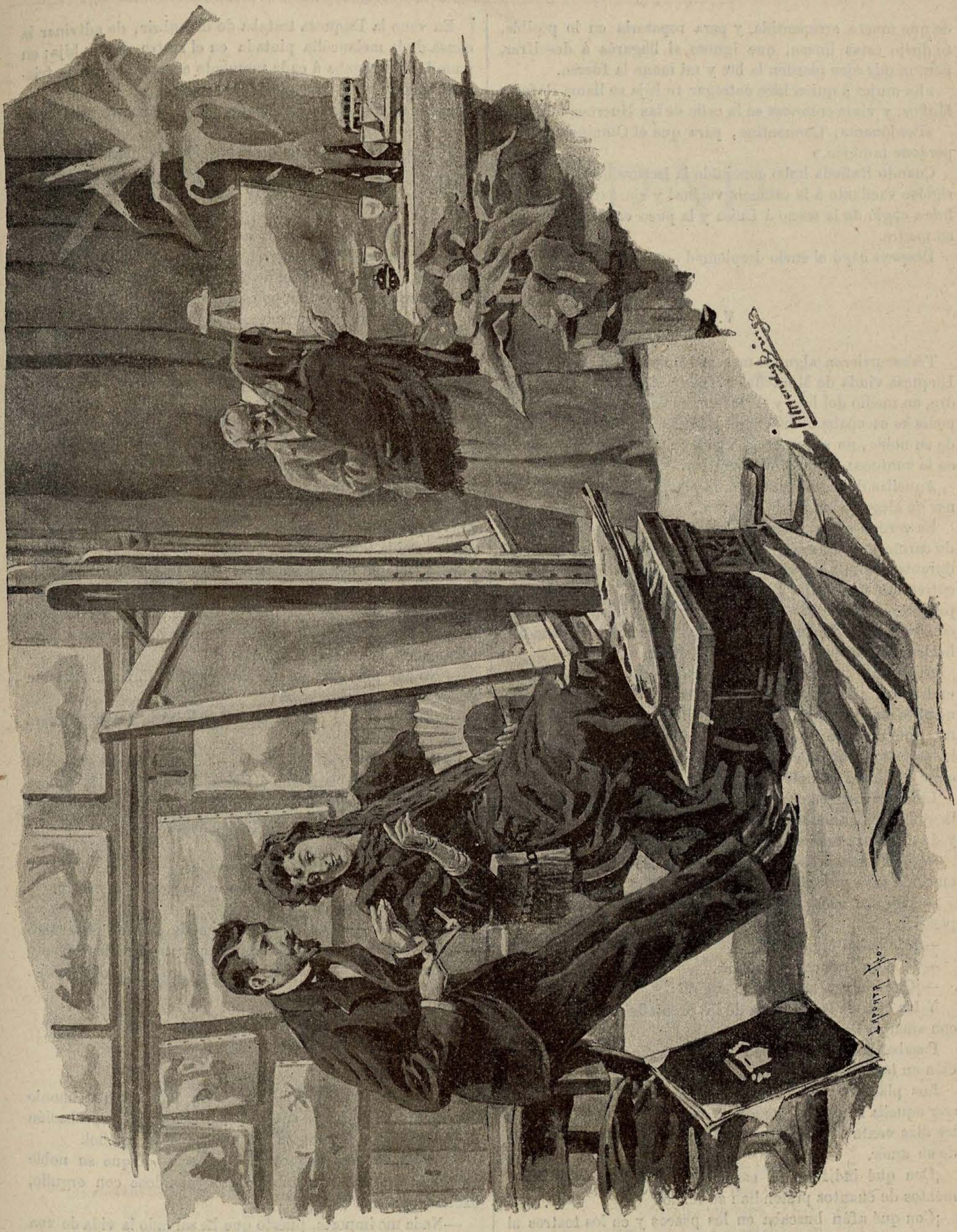
»Las dos amábamos al mismo hombre: tú fuiste más dichosa que yo, y te uniste á él. Yo, loca, dominada por mi dolor, juré vengarme del que me había abandonado dándote á ti la preferencia.

»Mi rencor y mi odio no se extinguieron en el trascurso de algunos meses; y cuando supe que eras madre, decidí llevar á cabo el plan de que me confieso culpable.

»A fuerza de oro gané dos de tus criados, y una noche, mientras dormías tranquila en el lecho conyugal, te arrebataron tu hija, depositándola á la puerta de la guardilla de mi planchadora, mujer honrada y caritativa.

»He ahí lo único que atenúa en parte la acción criminal





DE PLANCHADORA Á DUQUESA. — EN EL ESTUDIO DE RAMÍREZ. — DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGAS.



de que muero arrepentida, y para repararla en lo posible, te dirijo estas líneas, que ignoro si llegarás á descifrar, porque mis ojos pierden la luz y mi mano la fuerza.

»La mujer á quien hice entregar tu hija se llama Rafaela Muñoz, y vivía entonces en la calle de las Huertas, núm. 41.

»Perdóname, Clementina, para que el Omnipotente me perdone también.»

Cuando Rafaela hubo concluido la lectura de la carta, dirigióse vacilante á la estancia vecina, y sin pronunciar palabra cogió de la mano á Luisa y la puso en los brazos de su madre.

Después cayó al suelo desplomada y sin aliento.

## V.

Transcurrieron algunos meses.—Luisa, hija única de la Duquesa viuda de Montefiel, vivía en el palacio de su madre, en medio del lujo y de la opulencia; pero siempre que podía se escapaba al cuarto de Rafaela, á quien en premio de su noble, de su generosa conducta, alojaba la Duquesa en la suntuosa morada aristocrática.

Aquellas dulces pláticas con la planchadora parecían llenar de alegría el alma de la joven.

Es verdad que su madre la prodigaba las demostraciones de cariño y de ternura; es cierto que no era culpa suya si durante veinte años se había visto privada de ellas; pero entretanto una mujer á quien no la unía vínculo alguno de parentesco, no omitió nada para su bienestar, cuidándola con esmero, educándola en la medida de sus facultades, haciéndola objeto único y absoluto de sus afanes.

¿Sería más venturosa en la nueva situación que lo fuera en la otra? ¿Encontraría en aquella que la daba el santo nombre de hija igual desinterés, idéntica abnegación? En fin, ¿qué sería de Fernando, el hombre que por primera vez había hecho latir su corazón, y al que no veía desde que su clase cambiara completamente?

Luisa depositaba sus pensamientos y penas en el seno de la que había creído su madre; y estas horas de expansión y de confianza eran su único consuelo.

—¿Y Fernando?—solía preguntar á la pobre vieja con emoción viva y profunda.

—Algunas veces le encuentro y me pregunta siempre por ti.

—¿Me habrá olvidado?

—Dice que nunca te olvidará.

—¡Qué dichosa habría sido con él!

Y los ojos de la heredera de los Montefiel se humedecían con amargo llanto.

Pasaban los días, pasaban los meses sin producir alteración en los sentimientos de Luisa.

Los placeres y distracciones del mundo no lograban borrar aquella imagen de su alma: en ella vivía el recuerdo de los días venturosos en que el pobre artista le había hablado de su amor.

¡Con qué indiferencia escuchaba las protestas y juramentos de cuantos pretendían su mano!

¡Con qué afán buscaba en los paseos y en los teatros al que no se atrevía á soñar siquiera ser esposo de la que creyó humilde planchadora!

En vano la Duquesa trataba de descubrir, de adivinar la causa de la melancolía pintada en el rostro de su hija; en vano la interrogaba á cada momento acerca de aquella tristeza, que no sabía ó no podía esconder.

Luisa no tenía bastante confianza en su madre para revelar el secreto.

¿Consentiría acaso en ratificar sus promesas? ¿Podría nunca acceder al matrimonio absurdo entre un pintor humilde y la que debía llevar títulos y grandezas de España?

La Duquesa veía con espanto á su hija perder el color, como había perdido la alegría, apareciendo en ella los primeros síntomas de una enfermedad de languidez que podía llevarle en breve tiempo á la tumba.

En balde llamó en consulta á los principales médicos de la corte; en balde la paseó por varias capitales de Europa; en balde celebró fiestas magníficas en su palacio:—el estado de la joven no cambiaba, y el peligro era cada vez mayor.

La aflicción de la Duquesa aumentaba de día en día: vió morir á su marido poco después de arrebatárle su hija, y ahora, tras largos años de inquietud y desolación, ¿no habría encontrado á aquel ser idolatrado sino para tornar á perderlo para siempre?

Una noche en que la situación de Luisa parecía más grave que nunca, la Duquesa subió al cuarto de la planchadora, sumida también en el dolor.

—¡Ayúdeme usted á salvarla!—dijo corriendo hacia ella y estrechándola entre sus brazos.—Usted, que la ama como yo misma; usted, que la ha servido de madre por espacio de veinte años, puede y debe decirme lo que haremos para salvar una existencia tan querida.

—No hay más que un medio—repuso Rafaela casi sin poder articular las palabras.

—¡Hable usted! ¡hable usted!—gritó la Duquesa fuera de sí.

—Pues bien—replicó la vieja;—faltando á la promesa, al juramento que había hecho á Luisa, descubriré á la señora su secreto. La pobre niña ama á un hombre, con quien no permitirá la señora sin duda que se enlace.

—¿Por qué?

—Es pobre y de condición humilde.

—¿Quién es?—interrogó de nuevo la desolada madre.

—Un pintor todavía desconocido.

—Si es hombre de honor, si puede hacerla feliz, será pronto el esposo de Luisa. Para mí no son nada las leyes y consideraciones sociales, si logro salvar la vida de mi hija.

## CONCLUSIÓN.

Dos meses después se celebraba en Irún el matrimonio de Luisa y Fernando, entre el escándalo y la reprobación de los deudos y amigos de la Duquesa de Montefiel.

A oídos de ésta llegaron las censuras de que su noble conducta era objeto, y entonces, irguiéndose con orgullo, exclamaba:


—Nada me importa, puesto que he salvado la vida de una hija adorada.

RAMÓN DE NAVARRETE.



# LA FELICIDAD

## I.



Ciega y enferma, la madre  
Pidiéndole á Dios está  
No morir hasta que logre  
De nuevo al hijo abrazar.  
Seis años ha que le espera  
Con una amargura tal,  
Que ni un día en los seis años  
Ha dejado de llorar.  
En tanto, el hijo, en las Indias,  
Con ruda tenacidad,  
Fué ganando, poco á poco,  
Con su trabajo un caudal  
Para conseguir un día  
Volver alegre á su hogar  
Y de aquella buena madre  
Hacer la felicidad.  
Y ella, sola, sin el hijo  
Á quien tanto supo amar,  
Fué poco á poco muriendo,  
Que era su pena mortal.

Un día la pobre ciega,  
Después de tanta ansiedad,  
En el fondo de su alma  
Vió la esperanza brillar;  
Que el hijo, de sus afanes  
El fruto logrado ya,  
Volvió al pueblo buscando  
El cariño maternal.

## II.

Muy oscura está la noche,  
Se escucha el viento silbar  
Y sobre la pobre aldea  
Se cierne la tempestad.  
La ciega, que no se cuida  
De echar leña en el hogar,  
Levántase á cada instante  
Y junto á la puerta va  
Y aplica atenta el oído,  
Inmóvil, sin respirar,

Queriendo sentir los pasos  
Del hijo que llega ya.  
En tanto, afuera y envuelto  
En la densa obscuridad,  
Escucha un hombre, escondido  
Tras el poste del parral.

Ya el hijo llega. La madre,  
Aunque escucha sin cesar,  
No oye sus pasos, que ruge  
Allá afuera el huracán.

¡Qué alegre que viene el mozo,  
Pues trae en oro un caudal  
Y otro en amor á su madre,  
Que él estima en mucho más!  
Ya llega junto á la puerta  
Y se dispone á llamar,  
Cuando siente en la garganta  
El acero de un puñal.

—¡Madre mía!—grita el triste  
Porque se siente expirar.—

¡Madre mía de mi alma!.....—  
Y exánime en tierra da.

La madre, abriendo la puerta,  
Llena de amor y ansiedad,  
—¡Hijo de mi vida!— exclama.—

¡Al fin á mi lado estás!—

Con los brazos extendidos

Un bulto llega á tocar,

Y al asesino se abraza

Con santo amor maternal.

Y diciéndole :—¡Hijo mío!

Ya de aquí nunca te irás,

¿No es verdad? ¡Bendito seas!—

Un beso imprime en su faz.

Fué aquella intensa alegría

Para la enferma fatal,

Que en su corazón, ya herido,

No cupo y le hizo estallar.

Y la pobre madre ciega,

Ignorando tanto mal,

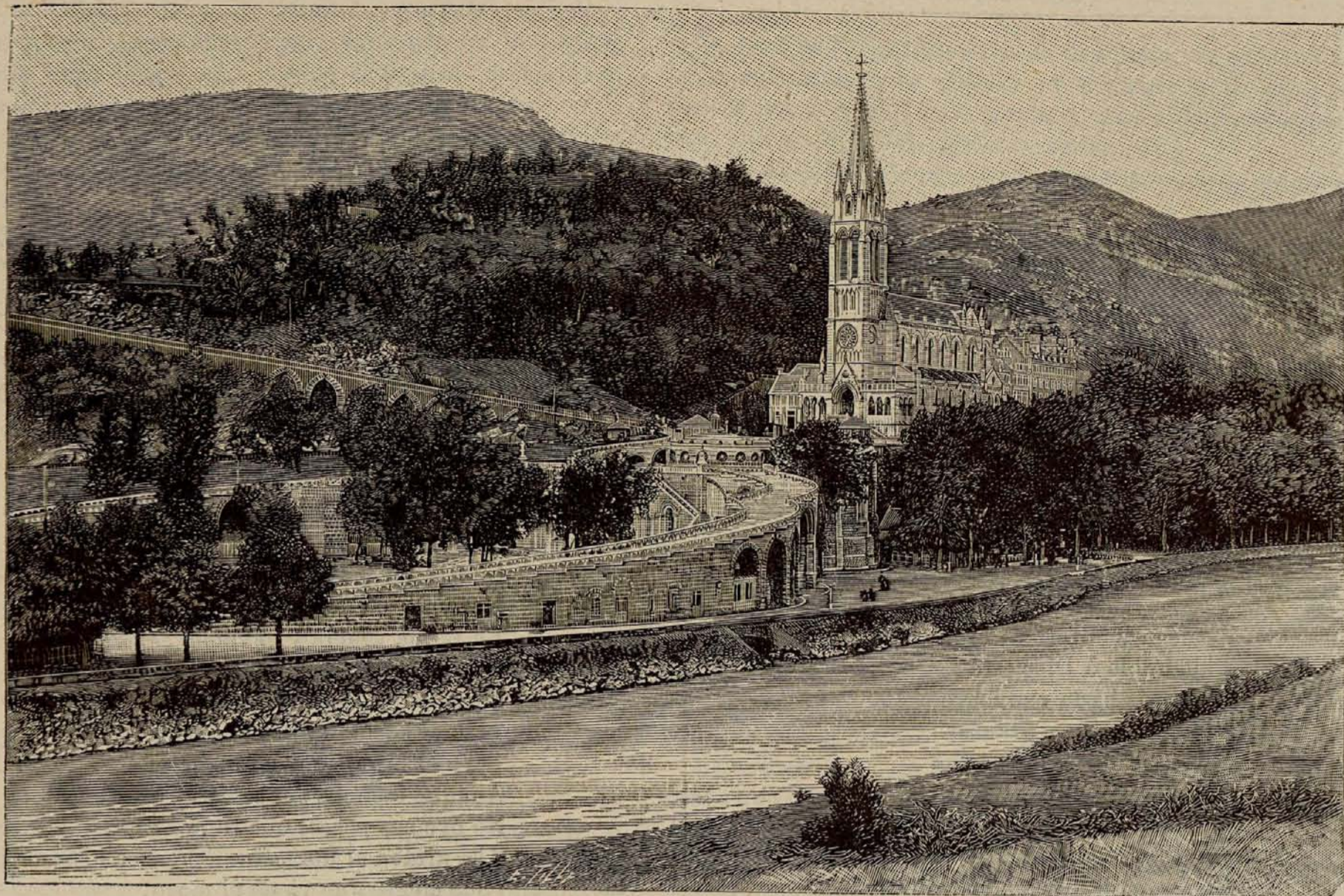
En brazos del asesino

Murió..... ¡de felicidad!

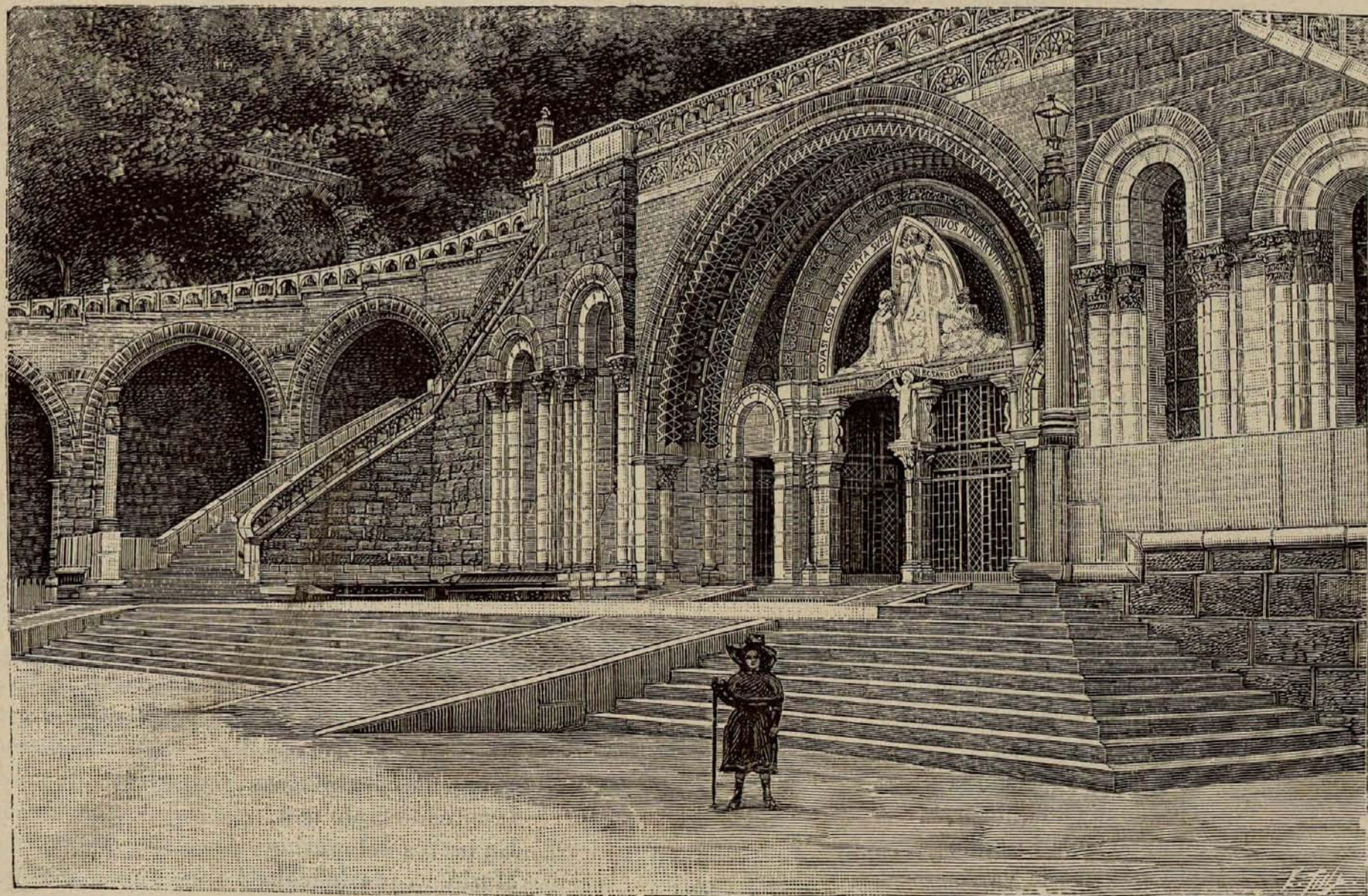




SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.



VISTA DE LA BASÍLICA.



EL PÓRTICO DEL ROSARIO.—(De fotografías de Meys.)





AGUADORA.—CUADRO DE FRANCISCO GIOLI.







# LA CZARINA ISABEL ALEXEWNA

(HISTORIA ESPAÑOLA)



ORRE por Madrid, perdido para el mundo de las Letras, un manuscrito curiosísimo, el de una historietta en que no se sabe qué admirar más, si lo peregrino y dramático del asunto que entraña, ó el interés que inspira para el conocimiento de algunos de los más raros

episodios de la intervención de los soldados españoles en la desastrosa campaña del emperador Napoleón en Rusia.

El protagonista es músico del regimiento de Asturias, uno de los expedicionarios al Norte de Alemania con el Marqués de la Romana, prisionero, como el de Guadalajara, en Zelandia por negarse á jurar rey de España á José Bonaparte.

Actor tan humilde y teatro tan remoto pudieran infundir sospechas sobre la autenticidad de un escrito en tales condiciones inspirado, atribuyéndolo á obra de autor dramático no dispuesto á sacrificar acariciadas invenciones al rigorismo de la verdad histórica. Aparece, sin embargo, esa autenticidad tan justificada con la memoria de los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella estúpida jornada de Rusia; se revelan con tales caracteres de certidumbre los episodios en que tomaron parte nuestros compatriotas, y pintase con colores tan vivos la maravillosa odisea de los inocentes seres á quienes principalmente se refiere tan interesante narración, que nos resistimos á negarle absoluta y sincera fe.

¡Ojalá pudiéramos ofrecer al público la obra completa, tal como la vimos hace ya muchos años, que, de seguro, quedaría encantado de su lectura! Pero se perdió, al menos para nosotros; y, para suplir en lo posible su lamentable falta, hemos tenido que apelar á un último recurso, al supremo esfuerzo de una memoria, ni lo necesariamente feliz ni bastante cultivada. Eso que fué tan honda la sensación que esa lectura produjo en nuestro ánimo, que no ha trascurrido plazo que pueda considerarse largo sin traerla á la memoria y sin que la hayamos comunicado, aunque en extracto, como es de suponer; pero conservando, no sólo su espíritu, sino que también sus formas y orden esenciales, garantía,

creemos, no baladí de su para nosotros incuestionable verdad histórica.

Y que, aun así, en tan desfavorables condiciones, ha de impresionar ese recuerdo, nos lo aseguran ejemplos anteriores, en que se manifestó el empeño de que diéramos á luz un trabajo donde, al conmemorar la participación de los españoles en la para ellos triste, pero honrosa campaña de Rusia, se revelara, ya que seguía permaneciendo ignorada, la extraordinaria y dramática aventura á que va á contraerse el presente, con más las pruebas de amistad cambiadas entonces entre las dos naciones comprometidas en los opuestos confines de Europa á burlar las artes y resistir las fuerzas del capitán más hábil y poderoso de los tiempos modernos.

¿Qué más? Enfermo, aunque ligeramente entonces, un soberano que nunca llorará bastante España, y para distraer los forzados ocios que su dolencia le impuso, se hacía leer á ratos ó contar episodios históricos y anécdotas en que pudieran interesarse la suerte ó el honor de la patria, constante preocupación de su elevado espíritu. En uno de esos momentos oyó, y con la mayor complacencia, así lo dijo, la historia que muy en breve va á ser del dominio de nuestros lectores, y manifestó ante los que rodeaban su lecho, entre los que había alguno interesado por sus conexiones en ella, su deseo de que se procurase inquirir el paradero del tan codiciado manuscrito, y, no dando con él, publicar el extracto que acababa de ofrecérsele. Han pasado años y años, y, á pesar de las más frecuentes y celosas investigaciones, no parece el manuscrito; creyéndonos así en el deber de cumplir la palabra empeñada en ocasión para nosotros tan solemne, arrancando á las tinieblas en que se hallaba sumida la peregrina anécdota, quinta esencia, nos atreveríamos á decir, de la historia contenida en aquel libro.

No pretendemos con eso recomendar el interés de un asunto en nuestro concepto tan dramático; interés que, de seguro, decaerá en nuestra pluma, poco hecha á tal género de lucubraciones, pero que haría resaltar otra más experta ó mejor inspirada: nuestra ambición no se eleva á más que á ofrecer un motivo de nuevas pesquisas á cuantos, inspirándose en su patriotismo, aspiren á sacar del olvido hazañas de nuestros padres que la envidia pretende entenebreecer y



una historia que se nos figura ofrece no pocos atractivos á cuantos presumen de rendir culto á la desgracia, tan generosa, sin embargo, y espléndidamente amparada cuando llegaba á tocar los más remotos límites del desamparo.

Sin la fortuna de los demás cuerpos de la División que tuvo la honra de ostentar el glorioso lema de LA PATRIA ES MI NORTE, logrando embarcarse en Langeland y, á bordo de la escuadra inglesa surta en el Báltico, venir á tomar parte en nuestra guerra de la Independencia, los oficiales y soldados de Asturias y Guadalajara fueron conducidos á Francia, y después, en la primavera de 1812, destinados á la invasión del Imperio moscovita.

La conducta de aquellos regimientos, como la de los otros españoles procedentes de los depósitos de prisioneros cogidos en España por los franceses, fué la que era de esperar de quienes, ya que no podían seguir demostrando su valor en defensa de la patria, se empeñaron en la honrosa tarea de revelar ante sus mismos enemigos del día antes adónde llegaban su ardimiento en los combates y sus innatas cualidades de resistencia á las privaciones y á los rigores de un clima como ningún otro de duro y mortífero. Y, con efecto, nuestros compatriotas demostraron en ocasión tan solemne que no habían degenerado de los de Aníbal en Cannas respecto á las manifestaciones de su impetuoso esfuerzo, ni de los de Asdrúbal en el Metauro en cuanto á su también característica abnegación.

Nuestro músico siguió á su regimiento y, según costumbre antigua, con su mujer y tres niños de corta edad, hembra el mayor y varones los menores, llevados en un miserable vehículo de la embarazosa *impedimenta* que acompañaba al numerosísimo y abigarrado ejército francés. «El número, dice Thiers, la variedad, lo extraño de aquellos bagajes, carretas, coches, droskis y berlinas, tirados por malos caballos, llenos de sacos de harina, de trajes y muebles, de enfermos, mujeres y niños, ofrecía un espectáculo extraordinario, casi interminable y de lo más alarmante, porque se preguntaba cualquiera cómo se podría maniobrar con semejante trasporte y cómo, sobre todo, se podría defender de los cosacos.»

Componían, además, el ejército gentes de todas naciones, austriacos, holandeses, prusianos, polacos, alemanes, franceses, acaso éstos los menos en número, italianos, españoles y portugueses; semejando, mejor que á un ejército moderno y nacional ú homogéneo, á los que conducían en pos de sus águilas los Cónsules y Emperadores romanos, cuyas legiones no eran sino la base y el núcleo de la fuerza que mandaban, á que se añadía la inmensamente mayor de las legiones *auxiliares*, reclutadas en los países más remotos de su vasto Imperio. Napoleón, carácter eminentemente oriental, se complacía en tal género de comparaciones; y aun antes quizás de darse cuenta de un genio militar por todos ya proclamado y que no tardaría en reconocerle la Historia, mirábase en Alejandro y en César con una preferencia que cien veces puso de manifiesto en sus escritos, para imitar los grandiosos y elocuentísimos ejemplos que aquellos gigantes habían legado á la posteridad.

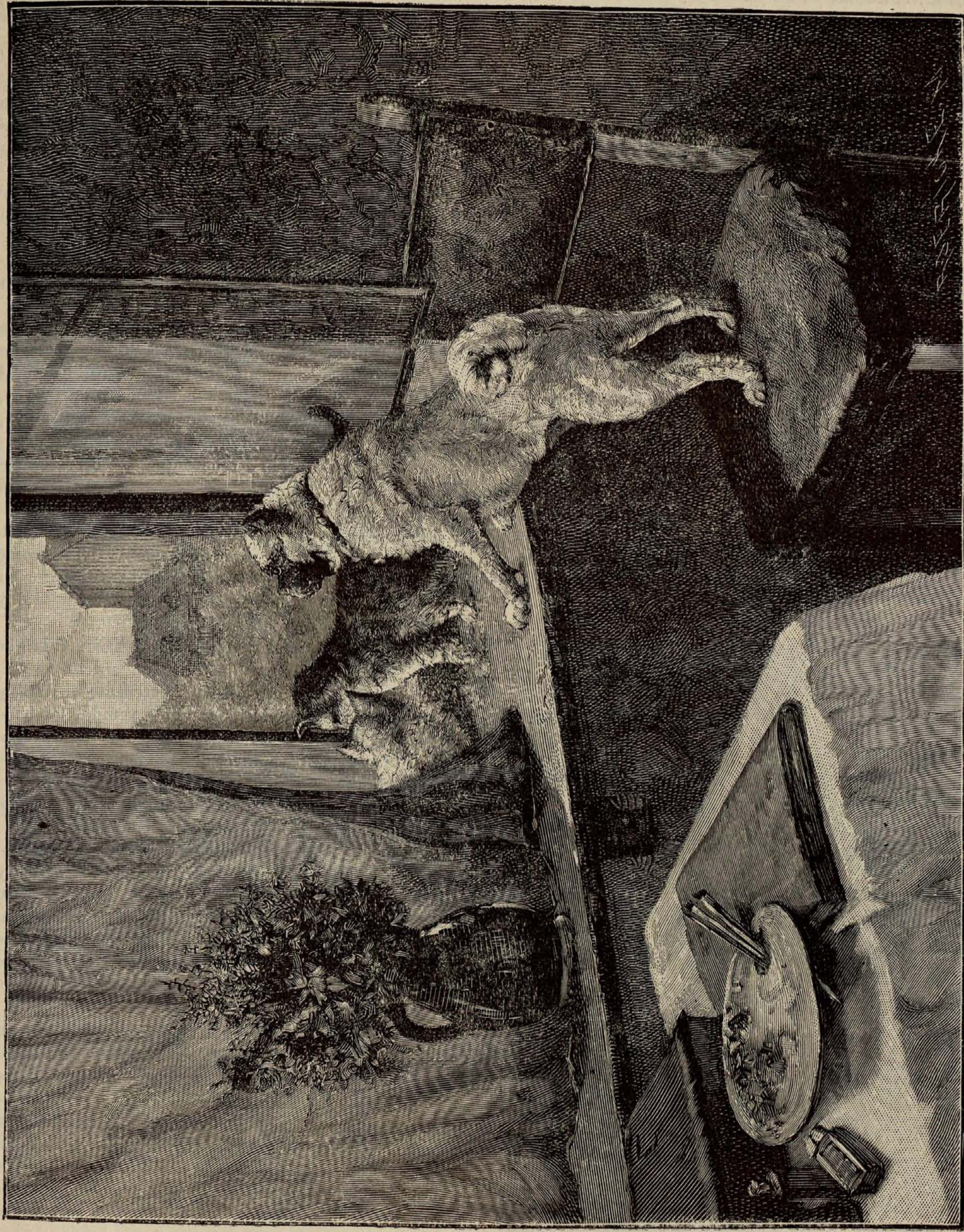
El músico de Asturias, repetimos, siguiendo al cuerpo en que servía, lo acompañó en la retirada desde Moscou, el incendio de cuyo Kremlin hizo desistir á Napoleón de su proyectada empresa sobre San Petersburgo. No ya la rela-

ción de aquel modesto español, cuyos detalles se escaparon de nuestra memoria al poco tiempo de su lectura, sino que otra curiosísima, manuscrita también, del bravo capitán de Guadalajara, D. Rafael de Llansá y de Valls, de que sacamos apuntes del mayor interés histórico, pintan con los colores más sombríos aquella retirada y, en ella, los episodios gloriosos, pero terribles, de los cien combates reñidos por los franceses á fin de hacerla lo menos funesta posible para sus armas. De esos episodios, en la mareha particularmente por el camino de Kalouga y Malo-Iaroslawetz, en que los barrancos, los arroyos y sus puentes entorpecían el paso de los carruajes, cuando no lo inutilizaban, mientras los á cada momento más frecuentes ataques de los cosacos y aun de gran parte del ejército de Kutusof exigían la detención de tal convoy; de esos episodios, decimos, los hay sumamente curiosos en ambos escritos. Mas no podemos detenernos á recordarlos, y habremos de satisfacernos con decir ahora que así, entre riesgos diarios de caer en manos de los rusos ó de quedarse en medio del camino, rota la carreta ó sin víveres, la familia de nuestro músico llegó íntegra á Krasnow, el campo, si se oye á los franceses, teatro de la más gloriosa hazaña del Mariscal Ney, á cuyas órdenes iba la división española aquel día, el 18 de Noviembre de 1812. Ni nos pararemos tampoco á refutar la novela de Thiers sobre aquel combate, la fuga de Ney (*á una de caballo*, escribía Llansá) y el abandono en que quedaron franceses y españoles: urge avanzar, y sólo diremos que, mientras nuestros oficiales y soldados eran solícitamente atendidos por los rusos y enviados á San Petersburgo para formar el célebre regimiento de *El Imperial Alejandro*, la mujer del músico y sus hijos caían en poder de los cosacos, que se lanzaron sobre el convoy en busca de un botín que, de seguro, no sería lo espléndido que les deseaba para después nuestro inimitable Espronceda.

La mujer del músico fué llevada á Smolensko y de allí á un manicomio. Había perdido la razón al verse arrebatada sus hijos. Estos, separados en la baraúnda consiguiente al combate y rendición de las tropas, á la selección y destino de los prisioneros y al saqueo del convoy, corrieron por el pronto los mayores riesgos. Un cosaco cogió del suelo al menor de aquellos infelices niños y, levantándolo en alto con su hercúlea diestra, lo lanzó á un furgón cargado de italianos heridos, diciendo: «Allá va eso.» Los soldados del Príncipe Eugenio, compadecidos de tanta desgracia, lo acogieron y, dándole calor con el escaso suyo, le devolvieron, generosos, la vida que ya se escapaba de sus entumecidos miembros. El segundo fué metido también en un carro de heridos rusos, que le condujeron á un campamento que se formó junto á Smolensko, temerosos los jefes de que si entraban en la ciudad se produjese con tal amontonamiento de prisioneros, heridos ó enfermos, todos en el estado más lamentable de miseria, la epidemia tan terrible en tales ocasiones. La niña, arrancada á su madre en el asalto del carro en que iba la familia, tuvo en un principio ánimo para seguir á pie á sus apesadores, ¡había de ser española!: pero no había en aquel débil y famélico cuerpo más que espíritu y nervios, no fuerzas suficientes para resistir tal martirio, para sobre llevar tamaño infortunio.

Pero así como los combatientes proseguían sus operaciones en pos del *grande ejército* francés sobre el Dnieper, que





QUIEN ESPERA, DESESPERA.—POR NIELSEN.



Ney había logrado pasar á favor del hielo, bastante espeso para resistir el tránsito de los jinetes y peones que le acompañaron en su fuga, y sobre Orscha, donde Napoleón intentaba reorganizar sus tropas, y el Berezina, su Pultawa, del que, como Carlos XII, apenas si pudo escapar en libertad, los heridos de los combates anteriores y los prisioneros del de Krasnow fueron más y más internados en Rusia, para así dejar libre de estorbos el teatro de la lucha. Aquella muchedumbre, al regresar á Smolensko, iba marchando, como puede suponerse, lentamente y haciendo etapa, no en población alguna, según hemos dicho, sino en despoblados, sobre la nieve, rara vez donde pudiera hallarse combustible que templara el frío de estación tan cruda y en tales parajes. El campamento, pues, de Smolensko, aunque no remoto de la ciudad, hubiera sido insoportable sin el recurso de los carros, vehículo de los heridos y enfermos, á que hubo de acudirse, encendiendo grandes hogueras, cuanto más próximas mejor, para de ese modo concentrar lo posible el calor que de ellas irradiara.

Y esa fué la fortuna que la Providencia deparó á los infantiles é interesantes protagonistas de esta verídica historia.

La niña, mayor, ya lo dijimos, que sus hermanos, de inteligencia, además, como de mujer, más despierta y viva, creyó distinguir en la vocería de un grupo próximo los lamentos, que tan conocidos le eran, del menor de ellos. Oír tan dolorosos gemidos y lanzarse entre los que rodeaban la hoguera, fué obra de un momento, y no muchos después

tenía apretado á su pecho al tierno infante, que no paraba, á su vez, de cubrir de besos á su salvadora. De los sucesos de su separación y de palabra en palabra, aun tan oscuros aquéllos en tragedia tal, y entrecortadas éstas por la emoción y la ignorancia de sus destinos, dedujeron los hermanos, ella sobre todo, que no debía estar lejos el que les faltaba, ya que su padre habría muerto combatiendo ó se hallaría con los demás españoles prisioneros en Krasnow, y la madre habría completamente desaparecido, cuando no buscaba á sus hijos ni éstos oían sus, á no dudarlos, desgarradores gritos. Y aunque ateridos del frío y abrumados por la pena, se pusieron á recorrer el campamento de grupo en grupo y de hoguera en hoguera, hasta que el Cielo les deparó también la fortuna de encontrar á su hermano, dormido en brazos de un oficial ruso, que lo tenía abrigado en los pliegues de su capote.

¡Allí de la alegría de los tres pequeñuelos, que al fin se encontraban juntos, y, lo que era más, bajo el amparo de un hombre generoso, compadecido de tamaña desventura! La niña entendía algunas palabras del francés, del tiempo, sin duda, que la familia había estado prisionera en Bouillon, en el castillo precisamente del gran Cruzado, Rey de Jerusalén; pero el oficial ruso lo desconocía, y fué necesario recurrir á una mímica que, de seguro, haría más curiosa, más interesante y conmovedora la interpelación humilde y lastimera de los niños. El ruso acudió á su jefe, quien algo pudo hacerse entender de la niña, y que en la marcha del siguiente día dejó los tres hermanos muy recomendados al gobernador de una á modo de casa de postas, fortaleza provisional y punto de etapa en el camino de Moscou.

Pero devoraba á los pequeñuelos fiebre intensa, á la que iba unida, para consumir su tan trabajada y débil naturaleza, una disentería que hacía hasta repugnante su vista; y el gobernador, aun compadecido también y todo, los tenía relegados al rincón de un gran zaguán, entre los caballos, que, por el frecuente paso de los jefes y personajes que se dirigían al ejército ó regresaban de él, se relevaban con frecuencia y mantenían el local, ya de por sí lóbrego y sucio, en un estado constante de insoportable hediondez.

Uno de los que pasaron por allí fué el gran duque Constantino, hermano del Emperador. Extrañando los gritos y gemidos que partían del zaguán, preguntó la causa y su origen al gobernador. No del todo satisfecho con sus respuestas, y atraído por tales muestras de sufrimiento, se asomó á aquel sombrío y asqueroso rincón, cuyo espectáculo debió producir en su alma la impresión más dolorosa.

Que eran españoles aquellos niños y que sus padres serían de los que Napoleón había llevado en el ejército para la insensata y bien pronto escarmentada invasión de Rusia, se hizo muy pronto evidente para el Gran Duque. Pero de quiénes serían esos padres, la clase á que pertenecieran en las tropas españolas, sólo cabía la conjetura de que habrían de ser de las más inferiores, según lo pobre de los vestidos y el ningún aseo que aparecía de manifiesto en aquellas criaturas. Por lo mismo le interesaron más y se propuso el Príncipe dispensarles su protección.

La nación española era, de otra parte, la aliada de Rusia, amiga tanto más de estimar cuanto que estaba demostrando virilidad tan extraordinaria, patriotismo tan elevado y tan



LA MOLINERA.—CUADRO DE KALN.



sublime abnegación, que aun sin fuerzas para resistir con esperanzas de fortuna, empleaba las pocas de que la era dable disponer en rechazar las ambiciosas imposiciones y el ingente poderío de Napoleón. Apoyada en su generoso intento por Inglaterra, España distraía medios que el César francés hubiera podido emplear en su jornada á Rusia; y no era aventurado suponer que, disponiendo de ellos, habría sido muy otra la suerte del Imperio moscovita, por aquellos días libre ya de tan formidables enemigos. Los españoles debían, pues, ser muy simpáticos á los rusos, y bien se había podido observar en la rota de Krasnow. Así es que el gran duque Constantino, al abandonar la casa de postas, recomendó al gobernador diese mejor alojamiento en ella á los huérfanos, procurara su curación y los vistiera, conservándolos en su poder hasta recibir nuevas órdenes, que no tardaría en comunicarle.

Y, con efecto, pocos días después llegaban vestidos limpios, confortables y hasta ricos para los tres niños, según sus edades y sexo, y al par de ellos, la orden de que se los transportase á la corte imperial, donde se atendería á su porvenir.

Era el gran duque Constantino de carácter sumamente dulce y refractario á toda idea egoísta y ambiciosa, á punto, en esto, de haber entregado al Emperador un pliego renunciando al trono, para el caso en que le tocara heredarlo. Estas condiciones le habían proporcionado gran valimiento en el ánimo de su hermano, y particularmente en el de la zarina Isabel, *su ángel*, como la llamaba siempre Alejandro. Ese ascendiente conquistado por Constantino con sus virtudes privadas y su desprendimiento de toda vanidad humana, le servía para alcanzar de la Czarina cualquier gracia, la realización de cuantos pensamientos benéficos pudieran inspirarle el espectáculo de tanta y tanta miseria como habría de ofrecerle el estado de servidumbre en que se hallaba sumido el pueblo ruso, y el no menos aflictivo de los horrores de la guerra provocada por la invasión napoleónica. La relación, pues, de su visita á la casa de postas, con la del episodio lastimosísimo de aquellos niños devorados por la fiebre y la disentería, haraposos ya después de la jornada de Krasnow y expuestos á perecer sin el auxilio que pudieran prestarles sus ignorados padres, después de todo españoles y amigos, por tanto, de la Rusia, hubo de impresionar vivamente á la Emperatriz, que prometió á su cuñado ampararlos.

Y una semana después le eran presentados los huérfanos españoles por el Gran Duque en San Petersburgo.

Curados ya, limpios y perfectamente vestidos, aquellos niños ofrecían aspecto muy distinto del de días anteriores. La niña, á quien como á sus hermanos no damos nombre por ignorarlo, ni queremos imponérselo para no faltar á la verdad histórica, ya que no se trata de una novela, representaba de nueve á diez años; era ligeramente morena, de ojos y pelo negros y espléndidos, alta en proporción á su edad, y de maneras, si infantiles, revelando una dignidad verdaderamente rara, y la tristeza natural en quien se veía en situación tan difícil aun para personas de mayor experiencia de la vida. Los chicos, morenos también, parecían más robustos, y sus facciones, aunque demacradas de tanto sufrir, denotaban una resolución que contrastaba con la dulzura y sensibilidad de su hermana, en cuya fisonomía

resplandecía, además, un talento muy superior al que pudiera caber en ellos.

La Czarina quedó encantada de la figura de la niña y de aire místico, digno é inteligente que la distinguía; y reiteró al Gran Duque sus ofertas de protección. La niña quedó en Palacio recomendada á algunas de las damas de la servidumbre imperial, y los niños fueron á un colegio de San Petersburgo, del que pasarían años después á otro militar, puesto que no cabía darles destino más honroso ni más propio de su excepcional situación que el del servicio de las armas en el ejército ruso.

Podríamos nosotros *bordar*, como suele decirse, este escrito con descripciones y diálogos que lo amenizaran, dándole, empero, un tinte novelesco y romántico que la aparición del manuscrito de que se extracta, de memoria por supuesto, pudiera desmentir el día menos pensado. Creemos, por el contrario, que la sencillez con que vamos recogiendo nuestros recuerdos, añade al interés y sobre todo á la veracidad histórica, primera condición para que impresione realmente el relato de acción tan extraordinaria y peregrina como la aventura de la familia del hasta ahora anónimo músico del regimiento de Asturias.

Sus hijos fueron creciendo y educándose, ignorados de todo el mundo é ignorantes de la suerte de sus padres. De las continuas y asiduas investigaciones practicadas por los agentes de la Emperatriz, sólo pudo deducirse que la pobre demente, recogida en Smolensko y cuya desesperación la llevó pronto al sepulcro, debía ser su madre; eso, por las expresiones que se la escapaban en el paroxismo de su dolor. Así en el año 1824, la niña era una de las camaristas de la Czarina, apoderada, puede decirse, del corazón de su angelical señora, que no se cansaba de prodigarla muestras elocuentísimas de su afecto; y sus hermanos, dos garridos oficiales combatiendo con el ardimiento de verdaderos españoles en el Cáucaso.

El emperador Alejandro, de quien hasta ahora nada hemos dicho, se hallaba en los días que su destino le tenía señalados como los últimos de su gloriosa carrera en el mundo y en la Historia. Su exaltación al trono de Rusia, tan comentada por el tenebroso drama representado en la cámara imperial de su padre Pablo I, le inspiró la idea de con la gloria y las grandezas de su reinado, hacer olvidar el horror y la ignominia del día nefasto de su proclamación. Y en cuanto eso era posible lo consiguió recorriendo un camino en que, si hubo de hallar tropiezos como los que siempre se encuentran en el de la guerra, acabó por superarlos con el éxito más grandioso y brillante. Austerlitz, Eilau y Friedland no fueron obstáculos bastante poderosos para que impidieran á Alejandro entrar pocos años después en París y hacerse dos veces árbitro de los destinos de la Europa continental, después de una defensa en su propio territorio para la que no cabe otro reparo que el de haber sido posterior á la de España, ejemplo de inmortal memoria, por ningún pueblo superado hasta ahora en el mundo.

El carácter, además, de Alejandro, dulce por inclinación y místico por el origen, quizás, de su entronizamiento, que le hizo exagerar sus sentimientos religiosos hasta ser sorprendido por las exaltaciones espirituales de una dama, la célebre Krudner, que se había propuesto, lo decía ella, regenerar el mundo con su predicación á los pueblos y á los